

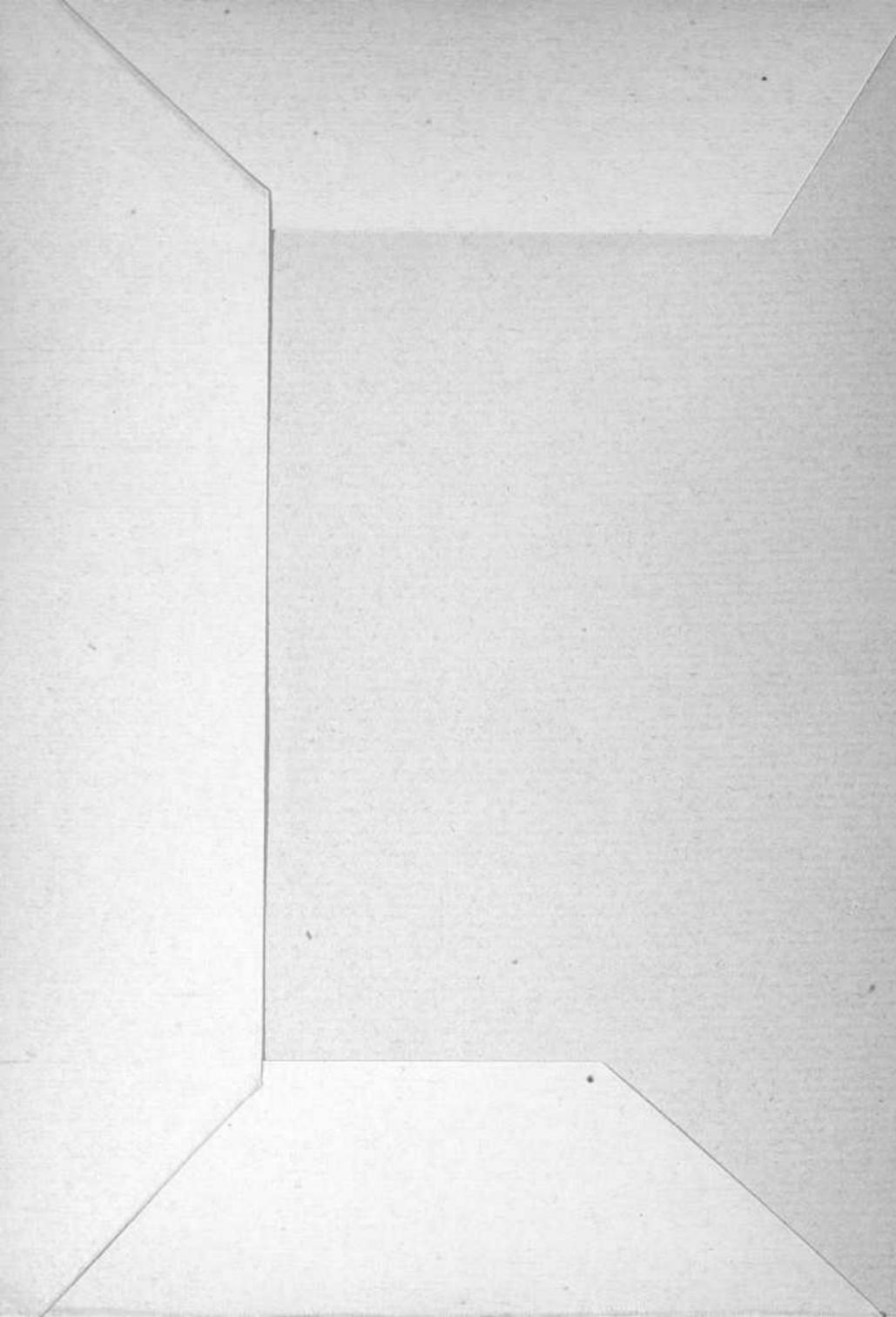
MUSAS LEJANAS

Mitos Cuentos Leyendas

CUENTOS MALAYOS



REVISTA DE OCCIDENTE / MADRID



CUENTOS MALAYOS

1168742
02
2193

BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

OBRAS PUBLICADAS

- Lord Dunsany: *Cuentos de un soñador* * 5 ptas.
Jorge Simmel: *Filosofía de la coquetería* * 5 ptas.
A. Wegener: *La génesis de los continentes y océanos* * 7,50 ptas.
A. Schulten: *Tartessos* * 12 ptas.
G. Worringer: *La esencia del estilo gótico* * 10 ptas.
Bernard Shaw: *Santa Juana*. Crónica dramática en seis escenas y un epílogo * 6 ptas.
Eduardo Schwartz: *Figuras del mundo antiguo*. 6 ptas.
Fernando Crommelynck: *El estupendo cornudo*. Farsa en tres actos * 4 ptas.
Gerardo Hauptmann: *La prodigiosa Isla de las Damas*. (Historia de un archipiélago imaginario.) 8 ptas.
José Ortega y Gasset: *El Espectador*, núm. IV * 5 ptas.
— *La deshumanización del arte*. * 5 ptas.
— *Las Atlántidas*. (Suplemento número 2 a la *Revista de Occidente*.) * 10 ptas.
Vsevolod Ivanov: *El tren blindado No. 14-69* * 3,50 ptas.
Lidia Seifulina: *Caminantes*.

MUSAS LEJANAS: MITOS / CUENTOS / LEYENDAS

- I. León Frobenius: *El Decamerón Negro* * 6 ptas.
- II. *Cantos y Cuentos del Antiguo Egipto*. (Con unas Notas sobre el alma egípcia, por José Ortega y Gasset.) * 5 ptas.
- III. *Cuentos populares de China* * 5 ptas.
- IV. Pablo Tuffrau: *La leyenda de Guillermo de Orange* * 5 ptas.
- V. P. Walters y C. Petersen: *Leyendas heroicas de los germanos* * 5 ptas.
- VI. *El Cantar de Roldán* * 5 ptas.
- VII. *Veinte cuentos de la India* * 5 ptas.
- VIII. Pedro Salinas: *Poema de Mío Cid* * 5 ptas.
- IX. *Cuentos Malayos* * 5 ptas.

BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

LOS GRANDES PENSADORES

- I. *La Filosofía presocrática. Sócrates y los sofistas* * 5 ptas.
- II. *Platón, Aristóteles* * 5 ptas.
- III. *San Agustín, Santo Tomás, Giordano Bruno* * 5 ptas.
- IV. *Descartes, Spinoza, Leibnitz* * 5 ptas.
- V. *Locke y Hume, Kant, Fichte* * 5 ptas.
- VI. *Hegel, Schopenhauer, Nietzsche* * 5 ptas.

HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

- I. A. Messer: *La filosofía actual* * 7,50 ptas.

NUEVOS HECHOS / NUEVAS IDEAS

- I. Hermann Weyl: *¿Qué es la materia?* (Con un prólogo de Blas Cabrera.) * 5 ptas.
- II. Rodolfo Otto: *Lo Santo* (Lo racional y lo irracional en la idea de Dios.) * 8 ptas.
- III. H. A. Kramers y H. Holst: *El Átomo y su estructura, según la teoría de N. Bohr* * 11 ptas.
- IV. P. L. Landsberg: *La Edad Media y nosotros* * 6 ptas.
- V. J. Von Uexküll: *Cartas biológicas a una dama* * 5 ptas.
- VI. F. Graebner: *El mundo del hombre primitivo* * 7 ptas.
- VII. Otto Gründler: *Elementos para una filosofía de la religión, sobre base fenomenológica* * 6 ptas.
- VIII. P. L. Landsberg: *La Academia Platónica* * 5 ptas.
- IX. Max Scheler: *El Saber y la Cultura* * 3 ptas.

HISTORIA BREVE

- I. Ludo Moritz Hartmann: *La decadencia del mundo antiguo* * 5 ptas.
- II. Arturo Rosenberg: *Historia de la República romana* * 6 ptas.

COLECCIÓN «HOY Y MAÑANA»

- I. F. C. S. Schiller: *Tántalo o el futuro del hombre* * 2 ptas.
- II. Anthony M. Ludovici: *Lysistrata* * 3 ptas.
- III. J. B. S. Haldane: *Calínico* * 2 ptas.

MUSAS LEJANAS
Mitos Cuentos Leyendas

IX

CUENTOS MALAYOS

Fondo bibliográfico
Dionisio Pizarro
Biblioteca Pública de Soria

2193

Revista de Occidente

Avenida Pi y Margall, 7

Madrid

Copyright by
Revista de Occidente
Madrid * 1926

Tipografía Artística / Cervantes, 28 / Madrid.

Ofrecemos al lector en este volumen una pequeña selección de cuentos malayos, compuesta de narraciones características, tomadas de diferentes obras holandesas, inglesas y alemanas, cuyos autores las han transcrito al oído. Indicamos al frente de cada cuento la región de donde procede.

I

LA CREACIÓN DE LA TIERRA

(Así la refieren los Karo-Batak, de Sumatra.)

Hace mucho tiempo, antes de que fuera creada la tierra, había sólo dos dioses: Ompong Batara Guru di-atas, el dios del cielo, y Ompong Debata di-toru, el señor del infierno. El Dios del infierno tenía una hija hermosísima, que estaba desposada con Batara Guru y había sido conducida por él a su reino de nubes.

Los recién casados llevaban allí una vida espléndida. Sólo por una cosa era incompleta su dicha: cuatro años hacía que estaban casados, y aún no les había nacido ningún hijo. Esto afligía hondamente a la celestial pareja, tanto, que determinaron renunciar a su resplandeciente vida y buscar consuelo a su dolor, como ermitaños.

Vestidos de harapos, abandonaron su palacio

celeste. Sólo llevaron consigo algunos aperos de labranza y un poco de arroz para calmar su hambre. Querían alzar una choza a orillas del mar.

En esta mezquina cabañita pasaban sus ocios, bien escasos por cierto, pues consagraban la mayor parte del tiempo al trazado de un hermoso jardín, donde plantaban las flores más lindas y preciosas.

Pero pronto se les acabó este placer y esta alegría.

Cierta vez, a mediodía, justamente cuando estaban descansando bajo la protección de su cabañita, alzóse del mar un poderoso monstruo, la serpiente de mar Tumuldang di-bosi. Dirigióse derechamente hacia el jardín, hozó en él por todas partes, devoró todas las flores y brotes, y después, ya ahita, se adormeció sobre las eras.

Batara Guru despertó poco después, y cuando descubrió los destrozos producidos por el monstruo, su furor no tuvo límites. Y al momento le ordenó a su Diuwa (jefe de sus guerreros), que diera muerte a aquel ser descomunal.

Al Diuwa no le produjo gran placer aquel encargo, sobre todo al descubrir los espantosos dientes y la gigantesca estatura del monstruo. Por eso, antes de combatir juzgó que sería mejor arreglarse con él por las buenas.

Despertó, pues, a la serpiente, y le reprendió por su proceder incorrecto.

El monstruo marino, al ser interrumpido en su sueño, miró con enojados ojos al Diuwa, y dijo que la culpa la tenía el propio Batara Guru, pues no estaba bien que un señor tan alto y noble se rebajara hasta convertirse en un simple labrador. — Y si no quieres que te devore — añadió —, llama en seguida a Batara Guru y a su mujer, y diles que quiero hablarles. Mándales también que me traigan plátanos y otras ofrendas, que tengo un hambre espantosa.

El Diuwa corrió en busca de Batara Guru y le informó de lo que le había dicho la serpiente.

Batara Guru reunió todas las cosas pedidas, y se dirigió con su esposa adonde estaba Tumuldang di-bosi.

Llegado junto a ella, tomó la palabra al momento, y le echó en cara el modo grosero, feo e indecoroso como había invadido su imperio.

Tumuldang di-bosi respondió:

— Noble príncipe, no hice más que cumplir con mi deber, y aun, en realidad, hubiera debido disponer para ti un destino distinto y mucho peor que éste, pues ni siquiera has sabido procurarte descendencia.

— ¿Por qué me lo reprochas — respondió Ba-

tara Guru —, ya que el dolor más profundo de nuestra vida es el no tener hijos? Si conoces algún medio para que podamos tenerlos, te estaré eternamente agradecido.

— Ya lo creo que lo conozco — dijo la serpiente —, y lo tendrás, si cumples mis órdenes fielmente. Pero lléname el gáznate primero con todas las cosas que has traído, los plátanos y las otras ofrendas.

Batara Guru quedó poco satisfecho, y habló de este modo:

— Abuelito, tu garganta tiene siete pies de largo, y tienes unos dientes tan grandes y afilados que me dan miedo sólo de mirarlos. Perdona que no cumpla tu ruego.

Tumuldang di-bosi no se enfadó por ello, sino que procuró quitarle aquel recelo.

— Ponme tu espada de pie en la boca — díjole —; así ya no me será posible cerrarla, y sin cuidado alguno podrás meter la mano dentro.

Obedeció Batara Guru, y atascó de manjares el gárguero de la serpiente.

Cuando volvió a sacar la mano vió, lleno de asombro, un hermosísimo anillo que centelleaba en uno de sus dedos. No sabía lo que quería decir aquello y, a fin de que pudiera hablar la serpiente, cogió otra vez la espada de su boca.

— Mira, abuelito — dijo Batara Guru —, ¿qué anillo es éste que encuentro en mi dedo al sacar la mano de tu boca? ¿Qué quiere decir esto?

— Ese anillo — respondió la serpiente — es un «sinsing pintapinta», un anillo de los deseos. Ahora, sea lo que quiera lo que tú deseas, un hijo, una hija, carne de cerdo o vino de palmera, es indiferente lo que quieras tener, tu deseo será satisfecho.

Entonces Batara Guru y su esposa se regocijaron vivamente, y danzaron y brincaron de pura alegría.

Después les refirió Tumuldang di-bosi cómo tenían que usar el anillo; al despedirse les deseó una vida feliz, y desapareció entre las olas. La pareja de dioses dirigióse entonces con renovadas esperanzas a su antigua morada celestial, y cuando fué luna llena, Batara Guru frotó con zumo de limón el anillo, como se lo había aconsejado la serpiente y, al hacerlo, deseó tener un hijo,

Nueve meses después su mujer le obsequió con un niño.

El anillo había demostrado así su poder y, volviendo a frotarlo otras cuatro veces, la pareja de dioses llegó a tener tres hijos y dos hijas.

Los varones se llamaron Paduca di Adyi, Tuwan Benuwa Coling y Tuwan Raya Samsai

Sahimahina; las hembras, Tuwan Benuwa Catyi y Tuwan Benuwa Mangili Bulan.

El hijo mayor trasladóse a los infiernos, junto a su abuelo Ompong Debata di-toru; el más joven se quedó con su padre en el cielo; pero el del medio creó la tierra.

Tomó siete puñados de barro, e hizo con ellos el disco de la tierra, que Batara Guru colgó en seguida del cielo con hebras de seda. De este modo, el infierno quedó envuelto en tinieblas, pues la tierra interceptaba la luz del sol.

Enojóse Paduca di Adyi, y produjo una tormenta que convirtió en polvo la tierra.

Siete veces, una tras otra, volvió a hacer Tuwan Benuwa Coling el disco de la tierra; pero otras siete veces volvió a ser aniquilado por su hermano.

Entonces Batara Guru decidió ponerse él mismo al trabajo. Mientras Paduca di Adyi estaba durmiendo, descendió al infierno y colocó sobre el contumaz rebelde una reja de hierro. Consistía ésta en cuatro barras de hierro puestas de través unas de otras, cuyas ocho extremidades se dirigían hacia los ocho confines del cielo. Sobre ellas volvió a asentar el disco de la tierra, lo pulió y lo hizo llano.

Cuando despertó Paduca di Adyi y quiso le-

vantarse, tropezó por todos lados contra la reja de hierro; la sacudió, furioso, y golpeó los barrotes con tal fuerza que agitó la tierra, cuya superficie lisa se llenó de pliegues y hendiduras. Produjéronse así las montañas y los valles.

Mas la reja era fuerte y firme y, a pesar de todos sus esfuerzos, Paduca di Adyi siguió prisionero.

Y aun en el día de hoy yace bajo la reja; cuando la sacude, cuando trata de romperla, la tierra tiembla.

II

DE CÓMO LAS GENTES DE ENGANO LLEGARON A TENER MÉDICOS

(Narración de Engano, isla al sureste de Sumatra.)

En una aldea cuyo nombre no es conocido, vivía una vez un hombre con su mujer y su hija. Cuando la moza estuvo en edad de poder casarse, llegóse a ella un espíritu, bajo la forma de un hermoso mancebo, y le pidió su mano. Como el mancebo tenía además una voz hermosa, sedujo fácilmente a la muchacha, que aceptó su propuesta. El espíritu y la moza vivieron después como marido y mujer. Cierta día observaron los padres que su hija estaba en otro estado, y le preguntaron quién la había puesto encinta. Respondió la moza: — No os enojéis, queridos padres; mi esposo es un espíritu. Nadie, sino yo, puede verlo. Yo soy la única a quien es dado oír su voz.

Entonces le dijo el espíritu a la moza: — Tengo que volver por cinco días al reino de los espíritus, para visitar a mi parentela. Haz el favor de colocar, en un sitio de la costa que te señalaré al despedirme, algunos racimos de plátanos maduros que deben servirme de alimento durante mi viaje. Díselo a tus padres.

La moza les contó a sus padres lo que había dicho el espíritu. El día de la partida trasladáronse a la orilla del mar, la moza, sus padres y toda su familia. Colocaron los plátanos maduros en el sitio que había señalado el espíritu. Entonces el espíritu le dijo a la moza: — Ahora me marchó; vuelve a esperarme aquí dentro de cinco días.

Desapareció el espíritu y se llevó los plátanos consigo. Cuando amaneció el quinto día, la moza, con sus padres y parientes, volvieron a la orilla del mar a esperar al espíritu. Al llegar, encontraron gran cantidad de peces atados unos con otros. El espíritu le dijo a la moza: — Dí a tus padres que esos peces les están destinados para corresponder al regalo de plátanos que me han hecho. Y ven ahora; vámonos a casa.

Todos regresaron al hogar. No pasó mucho tiempo y la moza echó al mundo un niño ciego. Entonces le dijo el espíritu: — Ha llegado el mo-

mento en que tengo que abandonarte para siempre. Tenemos un hijo. Cuida bien de él. Y ahora quedas libre y te es lícito casarte, si lo deseas.

La moza respondió afligida: — Si así lo has decidido, tengo que someterme a tu voluntad.

El espíritu dejó a la moza y no volvió nunca más. Cuando el niño hubo llegado a ser hombre, fué invadido aquel pueblo de una grave peste, que llevaba a muchos al sepulcro. Entonces le fué revelado, en sueños, a uno de los enfermos, que el mancebo ciego podía devolver la salud a los enfermos. Le hicieron venir, y tan pronto como tocaba el cuerpo de los enfermos, quedaban ya curados. Después asistió a todos los enfermos de la aldea, y llegó a ser médico. Más tarde se casó y tuvo un hijo, al que enseñó el arte de asistir a los enfermos. Y de esta familia proceden los que saben curar. Así, la isla de Engano llegó a tener médicos.

III

LA ESPOSA INFIEL

(De la isla de Java. El nabí Isa es el profeta Jesús, llamado también Almasi — Mesías —.)

Hubo una vez un matrimonio de creyentes, íntimamente unidos entre sí por su amor mutuo. Pero la mujer murió al cabo de algunos años de felicidad perfecta.

En la más profunda aflicción, el marido desnudó a la difunta y sepultó su cadáver. Cuando lo hubo depositado en la fosa, sentóse junto a la tumba y permaneció allí noche y día para guardar a su amada, precisamente como si esperara volver a llevarla con vida a su casa.

Hacía cuarenta días que estaba custodiando con inmutable constancia y fidelidad la sepultura de su esposa, sin comer ni beber, cuando el nabí Isa pasó por el camino y le preguntó por qué permanecía entre las tumbas.

— ¡Ay, amigo mío! — respondió el marido — ; estoy al lado de la tumba de mi esposa. Nos hemos querido con la mayor ternura, y ahora, cuando ella se ha ido de junto a mí, no puedo apartarme de su cuerpo inanimado. Por lo tanto, aunque tenga que pagarlo con la existencia, no quiero alejarme de su sepultura, sino llorar sobre ella mientras conserve vida.

Entonces el nabí Isa le preguntó:

— Si resucitara a tu difunta mujer, ¿creerías en mí?

— ¡Oh, señor! — dijo el marido lleno de alegría — : si fuera eso posible, creería en ti con toda certeza, porque entonces serías el profeta Isa Almasi, el dotado de gracia y bendito de Dios.

El nabí Isa ordenó entonces al viudo que le señalara la tumba de su esposa. Cuando éste lo hubo hecho, díjole con recia voz al cadáver: — ¡Levántate y vuelve a la vida! ¡Sal de tu sepultura!

Entonces se agrietó de pronto la tierra, y de dentro de ella surgió una grande y negra figura de hombre, que se arrojó al punto a los pies del nabí y confesó su fe en Alá y en su profeta Isa.

Mas el viudo estaba muy espantado de lo que veía, pues el resucitado no tenía nada que ver con su mujer. Díjosele así al profeta Isa, y añadió que

debía haberse equivocado al señalar la sepultura. Tras de lo cual le mostró al nabí Isa el sitio verdadero.

El nabí Isa ordenó primero al hombre negro que retornara a la muerte, y cuando esto hubo acontecido, acercóse a la tumba y le dijo al cadáver allí yacente: — ¡Levántate y vuelve a la vida! ¡Sal de tu sepultura!

Nuevamente se abrió la tierra; pero esta vez apareció una mujer hermosa sobre toda ponderación.

— ¿Es ésta tu mujer? — preguntóle al marido el nabí Isa.

Él dijo que sí, y, junto con su esposa, confesó su fe en Dios y en el profeta Isa.

El nabí Isa prosiguió: — Está bien. Perseverad en vuestra fe, pues es el camino de la bienaventuranza. Y volved a vivir tranquilos en unión y amor.

Tras esto, el nabí Isa dejó aquellos lugares y siguió su camino.

Apenas se había marchado el nabí Isa, cuando el felicísimo hombre díjole así a su esposa: — Querida mía, terminó mi dolor. Vuelves a estar conmigo. Ahora sólo necesito descanso y alimento, porque has de saber que, desde hace cuarenta días, estuve velando y ayunando sobre tu

tumba. Por eso querría dormir un poco; véleme tú ahora.

Diciendo esto, apoyó la cabeza en el regazo de la esposa y durmióse al punto. Era un lugar umbroso.

Aún no había dormido mucho tiempo, cuando por el camino llegó un príncipe a caballo. Era el hijo del rey, que hacía una escapatoria sin su séquito.

Cuando descubrió a la mujer quedó tan asombrado de su hermosura, que cabalgó hacia ella y le preguntó quién era y por qué velaba a su marido en aquel lugar y de aquel modo. La mujer le refirió lo que les había acaecido a ella y a su esposo. El príncipe la escuchó sorprendido, pero ni un solo momento podía apartar de ella la mirada.

— ¡Mujer! — dijo de pronto — . ¡Eres hermosa, hermosa! Demasiado hermosa eres para ese hombre. ¡Tu puesto está en el palacio del rey! Dime, ¿quieres venir allí conmigo? Serás mi esposa. Quiero hacerte feliz, pues soy el hijo del rey y heredero del trono.

Estas palabras halagaron a la mujer, que accedió a los deseos del príncipe. Hizo que resbalara suavemente de su regazo la cabeza de su marido y montó en la grupa del caballo del príncipe

para dirigirse a palacio. Aún no había partido, cuando despertó el esposo. Al ver que su mujer era raptada por un caballero, corrió rápidamente tras ellos, y bien pronto los hubo alcanzado. Agarró las riendas del caballo y díjole al caballero: — ¿Quién eres? ¿Por qué osas arrebatarme a mi esposa, que el milagroso poder del nabí Isa acaba de devolverme de la muerte?

También él le refirió con todo detalle, desde el principio hasta el fin, la historia de su esposa.

Respondióle el príncipe: — Amiguito, fíjate en esto: yo soy el hijo del rey, y la mujer que va detrás de mí, en el anca del caballo, no es tu esposa, sino mi sierva.

La desagradecida mujer confirmó las palabras del príncipe, y aconsejó a su marido que buscara otra mujer. De nada le sirvió al ofendido marido recriminar a su esposa y recordarle las palabras que el nabí Isa les había dicho por despedida. La mujer se aferró a que ella no era su esposa, sino la sierva del príncipe, y que con aquél se iba.

El hombre no sabía qué hacer. Entonces, de repente, vió venir al nabí Isa. Corrió a su encuentro y le refirió su desgracia.

El nabí Isa no le respondió; se dirigió hacia la mujer, y le preguntó por qué había abando-

nado a su marido para irse con otro hombre.

Y de nuevo afirmó ella que era la sierva del príncipe y que jamás había estado casada con aquel hombre ni en modo alguno pensaba en casarse con él, y que jamás lo había visto.

Entonces dijo el nabí Isa: — ¡Mujer! Ya que así reniegas de mí, te quito la vida que te había regalado antes. ¡Vuelve al sueño de la muerte!

Y la mujer rindió, al momento, su espíritu.

Temor y espanto se apoderaron del príncipe, que se alejó de allí en silencio.

El nabí Isa díjole al marido, que acababa de perder ahora a su mujer para siempre: — El hombre negro había muerto en la impiedad. La gracia de Alá lo despertó del sueño de la muerte y murió en la fe verdadera. Mas tu mujer, que antes había muerto en la debida fe, ha encontrado ahora la muerte por su impiedad.

— Tienes razón, señor — respondió el marido —, y así te juro aquí solemnemente que nunca más volveré a buscar mujer.

Y se dirigió a la cima de una montaña para pasar allá el resto de su vida como ermitaño.

IV

LA HISTORIA DEL MONO

(Narración de los Minoarsa, en la isla de Celebes.)

Una mujer tuvo una vez un hijo que era un mono. Éste, cuando fué mayor, le dijo a su madre: — Madre, ten la bondad de sacarme siempre una estera delante de casa, para que me sienta fuera y tome el sol.

La madre le respondió, diciendo: — Está bien, hijo mío; pero quien como tú se parece tanto a un mono, no debería dejarse ver en un lugar por donde pasa tanta gente.

Respondió el hijo: — Puede que sea verdad, madre mía; pero no importa.

Todas las mañanas sacaba la madre una estera, y la tendía en el suelo, y entonces se sentaba en ella el mancebo. Ocurrió cierto día que la hija mayor del rey, yendo a bañarse, pasó por el lugar

donde estaba sentado el mono. Entonces pensó el mono: — ¡Oh! ¿Qué ocurriría si se casara conmigo la princesa?

Y fué a su madre, y le dijo: — Madre, ten la bondad de preguntarle a la hija del rey si quiere casarse conmigo.

La madre respondió: — ¡Quita allá, hijo! ¿Qué te figuras? No querrá casarse con uno que no parece hombre. Y, además, gente tan pobre como nosotros, ¿cómo podría casarse con una hija de rey? Eso no es posible, hijo mío. No nos pongamos en ridículo. Pero no te ofendas por lo que te digo.

Pero el mono siguió insistiendo, y dijo: — Sea como quiera, inténtalo, madre. Creo que querrá.

Por lo tanto, la madre fué. Cuando llegó al palacio real, le preguntó al rey: — Señor rey, vengo enviada por mi hijo el mono, y debo preguntaros, según me dijo él, si estaríais conforme en darle la mano de vuestra hija mayor.

Respondió el rey: — Bueno; pero pregúntale a la moza misma si quiere o no quiere.

La madre del mono le preguntó entonces a la moza, y le dijo: — Princesa, me envía mi hijo el mono para preguntaros si queréis ser su mujer.

Repuso la princesa: — ¡Quita allá! ¿Quién se casaría con un mono? Aunque hasta mi muerte

no debiera tener esposo, jamás consentiría en casarme con él. Yo, no; entiéndelo bien. Pero preguntales a mis otras hermanas más jóvenes si quiere alguna de ellas. Somos nueve hermanas.

La madre preguntó a las otras ocho doncellas. Sólo consintió la más joven.

Cuando la más joven hubo dado el sí, regresó a su casa la madre del mono, y le contó a su hijo lo que le había pasado. Entonces el mono le dijo a su madre: — Madre, llévame este anochecer junto a mi prometida. Saldremos los dos, y nos bañaremos en sus baños.

Cuando anocheció, la madre llevó al mono a su novia. La princesa lo recibió alegremente. Y el mono le dijo a su prometida: — Si estás conforme, salgamos juntos y bañémonos en tus baños.

La princesa respondió: — Pues ven conmigo.

Y se fueron. Cuando estuvieron en el sitio del baño, desnudóse el mono, y entonces vió la princesa que era un príncipe resplandeciente. Después del baño, el mono pronunció un encanto sobre sus vestidos, diciendo:

— ¡Sus, ya! Mis pobres harapos;
ropajes de la princesa,
trocaos en vestiduras
más hermosas que las regias.

En seguida estuvo todo tal como el mono lo había expresado en su encanto. Se vistieron y se dirigieron a casa. Por donde quiera que pasaban, se asombraba la gente de que el mono se hubiera convertido en un príncipe tan hermoso y magnífico, y también el rey se quedó muy sorprendido al verlos; en primer lugar, porque el mono parecía tan cambiado, y después, porque traían adornos tan hermosos. El rey le dijo al mono: — Señor mono, ¿cuándo debe celebrarse la boda?

Respondió el mono: — Pasado mañana, señor rey, porque antes quiero procurarme una casa.

El mono volvió a sus encantamientos, y dijo:

— ¡Sus, ya! Mi vieja casita,
conviértete en una nueva,
llena de muebles y ropas,
más hermosa que la regía.

Inmediatamente se realizó el encanto. Al tercer día se celebraron con todo esplendor las bodas.

Después de esto, díjole el mono a su esposa: — Tengo que hacer ahora un viaje, y a fin de que tus hermanas mayores no te dañen con su envidia, tienes que hacer lo siguiente: si te ruegan que vayas con ellas a la orilla del mar para columpiaros, lleva contigo una nuez de areca y un huevo, y si os columpiáis y te lanzan violentamente

al mar, rompe de prisa el huevo y colócalo en lo alto de la nuez de areca. Entonces aparecerá un gallo. Y cuando cante, lo oiré yo.

Dicho esto, partió el mono. Mientras estaba de viaje, las hermanas invitaron a la mujer del mono a columpiarse a la orilla del mar. Pero habían determinado entre sí secretamente: — Cuando la mujer del mono se columpie, la echaremos al mar con todas nuestras fuerzas para que se ahogue.

Así lo hicieron. Cuando la mujer del mono se columpiaba, la empujaron hacia el mar con la mayor fuerza, de modo que fué arrojada a lo hondo. Mas ella cascó rápidamente el huevo, lo puso sobre la nuez de areca, y entonces cantó el gallo. Apenas el mono hubo oído el canto del gallo, cuando volvió corriendo hacia su patria, y al llegar vió a su mujer tranquilamente instalada con el gallo sobre la nuez de areca. En seguida cogió a su mujer, la escondió en una canasta y se dirigió a su casa. A su llegada, ya estaba allí la hija mayor del rey. El mono le preguntó: — ¿Dónde está mi mujer?

La moza respondió: — Tu mujer soy yo. ¿Cómo dudas de ello?

El mono dijo: — ¿Es verdad eso?

Y ella respondió: — ¡Manifiesta!

Entonces el mono fué al rey, y le preguntó:

— ¿Es realmente mi esposa la mujer que encuentro en mi casa?

El rey le respondió: — Sí.

El mono le dijo otra vez al rey: — Pero, ¿es realmente la misma?

El rey replicó: — Si no lo es, entonces yo, mi mujer y las otras hermanas de tu esposa, seremos tus esclavos; pero si lo es, serás despedazado.

Entonces el mono hizo abrir la canasta donde había escondido a su esposa. La princesa salió de ella y se presentó ante los reyes y sus hijas. Y en el mismo día el rey, la reina y sus hijas fueron esclavos del mono. Y el mono fué rey.

V

SIMPANG IMPANG

(De la isla de Borneo.)

Era un día muy hermoso, unos hombres fueron al bosque para buscar raíces, frutos y otras cosas sabrosas. Encontraron allí una gran serpiente gigantesca; pero la tomaron por un tronco de árbol. Se sentaron sobre ella y, al partir en pedazos las raíces, dió la casualidad que hirieron a la serpiente de modo que la sangre corrió en grandes raudales. Cuando notaron que habían descansado sobre una serpiente, la cortaron en muchos pedazos y cocieron su carne. Entonces comenzó a llover, a llover de modo tan espantoso, que el agua caía a chorros de los cielos, día tras día, y, por último, cubrió toda la tierra. Sólo el Tiang Layu sobresalía de las olas. Todos los hombres y animales perecieron ahogados, excep-

to una mujer, un perro, una rata y algunos otros pequeños animales que se encaramaron a la cima de la montaña.

La mujer buscó un cobijo contra el temporal, y vió entonces que el perro había encontrado un cómodo y agradable refugio bajo un bejuco. El bejuco se sacudía de un lado a otro con el viento, rozaba contra un árbol y adquiriría calor. La mujer tuvo esto por un aviso; cogió al bejuco, lo frotó fuertemente contra un trozo de madera y produjo fuego por primera vez. Como no tenía marido, se casó con el bejuco, y poco después parió un hijo que sólo era hombre a medias, pues no tenía más que un brazo, una pierna, un ojo, etcétera. El niño fué llamado Simpang Impang. Sus únicos compañeros de juego eran los animales, y con frecuencia se quejaba amargamente a su madre de su imperfección.

Un día, Simpang Impang encontró algunos granos de arroz que la rata había escondido en un agujero. Los extendió sobre una hoja para que se secaran, y los colocó en una cepa de árbol. Después, la rata exigió la devolución del arroz, y como Simpang Impang se la negara, se enojó mucho, y juró que tanto ella como su descendencia se mantendrían siempre del arroz de los hombres, donde quiera que lo encontraran. Cuando

estaban aún disputando, pasó por allí Selulat Antu Ribut, el dios del viento, y, con su soplo, esparció los granos de arroz a lo lejos, por la *jungle*. Enojado y admirado, Simpang Impang miró hacia todas partes; pero sólo sintió el zumbido del viento. Por lo tanto, se puso en camino con algunos acompañantes, para ir a recobrar las semillas de manos del dios del viento o, por lo menos, para saber por qué se las había quitado. Anduvieron muchos días y llegaron a un árbol sobre el cual estaba posada muchedumbre de pájaros, que arrancaban con sus picos los brotes de las hojas tan pronto como las producía el árbol. Simpang Impang preguntó al árbol por el camino de la casa del dios del viento, y el árbol le respondió: — Sí; pasó por aquí hace un momento, y su casa está allá lejos, enfrente de aquí precisamente. Si llegas a ella, dile, por favor, que estoy cansado de echar brotes para que me los devoren los pájaros malos. Dile que debe venir y derribarme en un soplo, a fin de que tenga término mi vida miserable.

Simpang Impang siguió adelante, y llegó a un lago, que le dijo: — ¿Adónde vas, amigo?

Y, al decirle que iba en busca del dios del viento, quejóse el lago de que su desaguadero estaba obstruido por una masa de oro, y rogó que el

dios del viento tuviera la bondad de apartar este estorbo. Simpang Impang prometióle al lago decir al dios algo en su favor. Siguió adelante, y llegó a un bosquecillo de cañas de azúcar y plátanos.

— ¿Adónde vas, amigo? — le dijeron.

— En busca del dios del viento — respondió él.

— ¡Oh! Te rogamos que le preguntes por qué no tenemos ramas como los otros árboles. ¡Nos gustaría tanto tener algunas!

— Bueno, ya me acordaré — dijo Simpang Impang. Y siguió adelante. Poco después llegó a la casa del dios del viento. Oyó allí los poderosos bramidos del viento, y el Dios le dijo: — ¿Qué buscas aquí, Simpang Impang?

Con voz trémula de cólera, replicó éste que quería recobrar el arroz que el dios del viento le había llevado.

— Resolveremos el asunto viendo quién bucea mejor — respondió el dios del viento. Y en seguida se sumergió bajo el agua. Pero como sólo era una pompa de aire, bien pronto estuvo otra vez fuera. Simpang Impang invitó a uno de sus compañeros, el pez, a que buceara en lugar suyo, y como el dios del viento notara que no podría ganar la apuesta, dijo al momento:

— No; eso no vale. Veamos quién salta mejor. — Y, al decirlo, saltó por encima de su casa. Simpang Impang rogó entonces a la golondrina que saltara en lugar suyo. La golondrina se elevó del suelo y voló tan alto, tan alto, que ya nadie podía verla. Pero aún no quiso rendirse el dios del viento.

— Intentemos una tercera prueba. A ver quién de nosotros es capaz de pasar a través de esta cerbatana.

El dios del viento se deslizó por ella, silbando. Entonces Simpang Impang no sabía ya qué hacer, pues le parecía que ninguno de sus compañeros podría ayudarle. Pero había olvidado a la hormiga; oyóse piar una tierna vocecilla: — Yo puedo hacerlo. — Y en el mismo instante la hormiga se arrastró por dentro de la cerbatana.

Pero ni aun entonces quería darse por vencido el dios del viento. Simpang Impang se enojó mucho. Acudió a su padre, el fuego, e incendió la casa del dios del viento. Por último, el dios consintió en dar satisfacción por el arroz robado.

— Pero no tengo — dijo — ningún gong ni otra cosa con que pagarte. Por eso quiero hacerte hombre completo con dos brazos, dos piernas y dos ojos.

Simpang Impang convino en aquel acto, y se

alegró mucho de convertirse en hombre completo. Entonces se acordó de los deseos que le habían manifestado el árbol y el lago. El dios del viento prometió satisfacerlos. Y cuando Simpang Impang le preguntó acerca de las cañas, respondió el dios del viento:

— No tienen ramas porque los hombres siempre pecan contra las buenas costumbres; llaman a menudo a sus suegros y suegras, y con harta frecuencia se deslizan por la *jungle* delante de ellos. Por eso no tienen ramas las cañas y los plátanos.

VI

LA HISTORIA DEL REY CIEGO QUE HABITABA EN LA TIERRA DE PONIENTE

(De la isla de Rotti.)

En otro tiempo vivía en el país de Occidente un rey que se llamaba Kai-ou. Tenía dos hijos mellizos: uno se llamaba Nalu-fai, otro Loa-ledo. El rey era ya viejo y añoso, y no sabía cuál de sus hijos debía ser rey después de él. Se hizo cada vez más viejo; se quedó sordo, sus cabellos encanecieron, se le cayeron los dientes y ya no veía ni oía nada. Por este motivo, los grandes del reino se reunieron un día en el palacio para resolver lo que podría hacerse para que el rey recobrarla la vista. No pasó mucho tiempo sin que se levantara un anciano, que dijo:— He oído decir una vez que nuestro rey recobraría la vista si oyera cantar a cierto pájaro.

Cuando el rey lo supo, exclamó: — Pues dispongo que quienquiera que me traiga el pájaro y lo haga cantar de modo que mis ojos recobren su potencia visual, recibirá mi trono y también le transmitiré todas mis riquezas.

Entonces deliberaron entre sí los dos hijos del rey y dijeron: — Tenemos que considerar que si no nos ponemos en camino para buscar al pájaro, ninguno de nosotros será rey, y que si hay un extraño que logre encontrar el pájaro y traérselo a nuestro padre, éste será rey y dominará sobre nosotros. Busquemos, pues, al pájaro, ya que somos hijos del rey, y acaso Dios se compadezca de nosotros y determine cuál de los dos debe encontrarlo, para que el cetro no pase a ajenas manos.

Rogaron a sus padres que los pertrecharan para el viaje. Y cuando llegó el día de la partida, recibieron las provisiones, dinero y vestidos, y se dirigieron en busca del ave. Poco después llegaron a un cruce de caminos; sacaron sus provisiones, comieron y bebieron, se dieron licencia uno a otro para seguir distinto camino, se besaron y dijeron adiós. Nalu-fai fué por la derecha hacia el Sur; Loa-ledo por la izquierda hacia el Norte. Nalu-fai marchó prestamente y llegó a una aldea donde la gente tamborileaba y bebía aguardiente en gran abundancia. Juntóse a ellos, y bebió también

hasta que todo el mundo estuvo ebrio. Siguió haciendo lo mismo, hasta que su dinero se hubo consumido y estuvieron vendidos todos sus trajes.

Loa-ledo siguió el otro camino y llegó a una aldea que pertenecía aún al reino de su padre. Cuando el príncipe entró en la aldea, se dirigió a casa de una viuda. Le dijo: — Madrecita, ten compasión de mí, dame lo que te plazca; dame agua para beber, pues tengo mucha sed.

La viuda sacó agua del pozo y se la trajo en un cántaro para que bebiera; pero no sabía que el mancebo era hijo del rey. El príncipe miró hacia un lecho, y vió que estaba allí un hombre acostado. Mas no dormía, sino que estaba muerto desde hacía mucho tiempo; pero había dejado a deber mucho dinero a algunas gentes de la aldea, y así no había nadie que quisiera enterrarlo. La viuda le contó todo esto al príncipe, y él ordenó que llamaran a toda la gente, a fin de poder pagar las deudas del muerto. La viuda salió con los huérfanos y convocó a todos rápidamente. Y el príncipe les pagó hasta quedarse sin dinero. Entonces fué a buscar sus vestidos lujosos para seguir pagando con ellos. Mas cuando las gentes vieron en los ropajes las insignias reales, pensaron entre sí: — ¿No será, acaso, uno de los hijos de nuestro rey? — Y al acabar de conocer al prín-

cipe le dijeron: — No queremos que nos pagues, pero queremos enterrar al muerto.

Después la gente se puso en marcha, eligió una sepultura, hizo un ataúd y enterraron al muerto. Cuando estuvo enterrado, el príncipe siguió adelante, yendo a otro país en busca del pájaro.

Así llegó al pie de una higuera. Quería descansar y comer algunos higos. Cuando hubo descansado algunos instantes, cogió los frutos más maduros y comió de ellos, y después de haber comido un higo respiró profundamente, suspiró y repitió lo mismo nueve veces. Mas entonces llegaron muchos pájaros, que también querían comer higos; y un ave negra, que estaba posada en la cima del árbol, vió que al príncipe le abrumaban graves preocupaciones y le preguntó: — Decidme, señor príncipe, ¿por qué estáis tan angustiado?

Entonces el príncipe le contó desde el comienzo toda su historia, y cómo ocurría que estuviera ahora descansando bajo la higuera. El ave respondió: — No paséis cuidados; habéis de encontrar al pájaro. Id por ese bosque hasta que lleguéis a aquel calvero que allí se ve. Encontraréis allí un muro de piedra, y tras él habita una mujer alada, que custodia al pájaro. Pero os hago observar que en el camino encontraréis dos serpien-

tes rojas, que guardan la puerta. Y si veis que sus ojos están abiertos, entonces marchad decidido adelante; pero si están cerrados, deteneos; porque entonces es que las serpientes están despiertas. Ambas serpientes guardan a la mujer y al pájaro con mucha severidad. Cuando hayáis encontrado a la mujer y al pájaro, y estéis otra vez de regreso en vuestra patria, si sois rey en vez de vuestro padre, acordaos de mí, a fin de que podamos repartir vuestras riquezas.

El príncipe respondió: — Bueno; está bien.

Siguió animosamente a través del bosque, llegó a aquel calvero, y cuando hubo descubierto las murallas, se dirigió hacia la puerta. Cuando estaba ya cerca, vió que estaban abiertos los ojos de las serpientes. Dijo entre sí: — ¡Oh!, las serpientes no hacen guardia, están sumidas en profundo sueño — . Por lo tanto, marchó derechamente a través del cerco de murallas, hacia el patio. Cuando hubo llegado ante la puerta del palacio, la mujer alada sintió un desacostumbrado olor; recorrió de prisa los cerrojos que cerraban la puerta, y descubrió a Loa-ledo. Éste quedó tan asombrado de la maravillosa belleza de la mujer, que cayó al suelo y perdió el conocimiento. La mujer lo recogió rápidamente, lo introdujo en la casa y le frotó con toda suerte de aguas

mágicas, de modo que recobró el sentido. Entonces le preguntó: — ¿De dónde venís? ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

El príncipe le refirió entonces cuanto le había sucedido, desde el principio hasta el fin. Cuando ella oyó la historia se puso muy contenta; le cortó las uñas y le igualó los cabellos. Después le puso vestiduras magníficas. El pájaro canoro estaba allí también, y se alegró al comprender lo que habían hablado; unas veces volaba sobre la mujer alada, otras sobre el príncipe, y así una y otra vez.

Pasados tres años, buscaron un momento favorable para huir, y un día observó la mujer que ambas serpientes tenían los ojos abiertos; entonces abrió la puerta, salió con el príncipe y el pájaro, y los tres se pusieron en camino. Después de haber recorrido ya buen trecho de camino, la mujer alada le regaló un anillo al príncipe. Y siguieron adelante hasta que llegaron al cruce de caminos donde ambos príncipes habían descansado, comido y bebido. Entonces Lao-ledo le dijo a la mujer: — Aquí nos hemos dicho adiós mi hermano y yo, y nos hemos prometido que nos esperaríamos al regreso.

La mujer estuvo conforme con ello, y esperaron. No pasó mucho tiempo, y Nalu-fai vino de

la aldea; pero no traía nada consigo, y por eso buscaba un medio para deshacerse de su hermano. Cuando apareció, le dijo: — Tengo sed; deja aquí a la mujer con el pájaro, y busquemos agua de beber.

Loa-ledo creyó lo que le decía su hermano. Fueron en busca de agua de beber. Y realmente encontraron un pozo que tenía veinticinco brazas de profundidad. Nalu-fai ató algunos bejucos unos a otros, puso en el extremo un cubo y le dijo a su hermano que sacara agua. Mientras Loa-ledo estaba inclinado sacando el agua, Nalu-fai se deslizó tras él y lo empujó dentro del pozo. Debía morir allí. Apropióse el traidor de la mujer alada y del pájaro canoro y se dirigió hacia su patria. Al entrar en casa de su padre, el rey Kai-ou dijo a Nalu-fai: — He encontrado tu pájaro.

Pero el pájaro no quería cantar para que el rey pudiera recobrar la vista. El pájaro permanecía mudo, y la mujer estaba completamente fuera de sí; residía con el pájaro en la habitación de Loa-ledo, y la puerta de aquel departamento permanecía siempre cerrada.

El ave que habitaba en la cima de la higuera transformóse entonces en un hombre. Fué al borde del pozo, e hizo llegar hasta Loa-ledo algunos

bejucos atados unos a otros. Pero éste pensaba: creo que los bejucos se romperán, volveré a caer y me mataré. Pero el hombre le respondió: — No tienes más que asirte con toda fuerza.

Por lo tanto, se agarró firmemente a los bejucos, y el hombre lo sacó fuera. Después le dijo: — Ve ahora a tu patria, y cuando estés sentado ante un plato de arroz, acuérdate de mí, y ya que te he ayudado a ser rey, más tarde repartiremos fraternalmente todas tus riquezas.

Loa-ledo respondió: — Conforme.

Mas no se dirigió en seguida hacia su casa, sino que fué al mercado de la ciudad y solicitó trabajo. No tenía trazas de príncipe, precisamente; el agua lo había empapado por completo, ofrecía un aspecto ruin, y su piel estaba llena de arrugas. Cuandó llegó al mercado, descubrió a la cocinera de su padre, y le dijo: — Madrecita, quiero ir contigo, y puedes mandarme como quieras; haré todo lo que ordenes, hasta fregar pucheros, y estaré contento con todo lo que me des de comer, aunque sea arroz quemado.

La vieja respondió: — Me parece bien; ven conmigo.

Se fué con ella, y cuando se equivocaba en lo que hacía, la vieja le daba de palos. Pasaron así algunos días; la mujer alada, que estaba aún en-

cerrada en sus habitaciones, notó que estaba él de regreso, y rogó a la cocinera que le preparara papillas de arroz. La cocinera mandó entonces a Loa-ledo que lavara un puchero y cociera papillas de arroz. Cuando las papillas estuvieron hechas, le dijo que llenara un plato y las revolviere para que se enfriaran. Loa-ledo, al hacerlo, se quitó el anillo que le había regalado la mujer alada y lo echó en el arroz. Después la cocinera llevó las papas a la mujer alada. Al revolver ésta el arroz, vió el anillo, y dijo: — Bien se ve que Loa-ledo está realmente entre nosotros.

Y por la noche abrió la puerta de su cuarto, metió dentro a Loa-ledo, lo bañó y lo vistió de limpio de pies a cabeza. Cuando a la mañana siguiente la cocinera vió al príncipe, lo reconoció en seguida, y le dijo: — Señor príncipe, no estéis enojado porque siempre os haya hecho limpiar los pucheros. No sabía que erais el príncipe.

El príncipe respondió: — No, no estoy enojado.

El pájaro canoro, lleno de alegría, entonó una canción, y no sabía ponerle fin. Mas el príncipe fué a su padre, y le dijo: — Estoy de regreso, y te he traído el pájaro canoro.

Cuando el padre oyó la voz del pájaro canoro, sus ojos se aclararon y pudo volver a ver. Com-

parecieron todos los grandes del reino, y sentaron a Loa-ledo en el trono de su padre. Mas al bribón de Nalu-fai, que había querido asesinar a su hermano, acordaron arrojarlo a un pozo que tenía treinta brazas de profundidad; si era inocente, saldría de allí con vida; si era culpable, tenía que morir. Llegados al pozo, lo arrojaron dentro.

Un día apareció también el hombre que había ayudado a Loa-ledo a salir del pozo y quería que repartiera con él el país y las riquezas. Loa-ledo no se acordaba ya de él; sólo cuando el hombre le refirió la historia con todo detalle, volvió a presentársele el recuerdo, y partieron los bienes como lo habían convenido. Cuando todo estuvo ya repartido, quedaba sólo la mujer alada. Entonces Loa-ledo sacó su espada y quiso dividirla en dos pedazos. Pero el hombre dijo: — No hagas eso. Yo sólo vine aquí para hacer la prueba de si te mantenías fiel a tu promesa. Veo que deseas cumplirla, pues hasta quieres partir a la mujer en dos pedazos. Y en vista de ello, te lo regalo todo.

Cuando hubo dicho estas palabras, desapareció.

Loa-ledo y la mujer se casaron, y no pasó mucho tiempo sin que quedara ella embarazada y tuviera un hijo, al que llamaron Tou-loa. Cuan-

do el niño hubo crecido, no quería hacer caso de las advertencias de sus padres, sino que le gustaba andar vagando por todas partes. Un día, al volver de una de sus correrías en país remoto, se encontró con que habían muerto sus padres. Otro había sido nombrado rey en lugar suyo, y no podía ocupar ya el trono de su padre.

Gastó todo lo que había heredado de sus mayores, y cuando ya no tuvo cosa alguna que pudiera llamar suya, se contrató como marinero. Pero convino así con el armador: — Cuando esté vencido el tiempo de mi servicio, tenéis que licenciarme, lo mismo si nos encontramos en el mar que si estamos en tierra. Se acercaba el día del término del contrato, y el navío se columpiaba aún en alta mar. Llegó el término. Hizo reunir a toda la tripulación; habló con ella, despidióse, y les dijo: — Tengo que marcharme ahora de a bordo, pues a mi entrada en el servicio hemos convenido que había de abandonar el barco el día en que terminara mi compromiso.

Entonces todos, hasta el armador, trataron de detenerlo en el navío, y le dijeron: — Estamos en alta mar; no te vayas; no necesitas hacer nada; puedes comer y beber cuanto quieras, y, cuando se acabe el mes, recibirás todo tu sueldo.

Pero él no quiso oír nada. Cogió su petate,

saltó al mar, y nadó entre las olas. Pero el armador tuvo compasión y le hizo señas para que regresara. Cuando regresó le dieron una lancha para que navegase él solo. Además, recibió siete cañones. Tras lo cual partió hacia un lado, y el navío grande hacia otro.

Tou-loa desembarcó en una isla. Mas no encontró allí a ningún hombre. Al atracar en la desembocadura de un río, ancló la lancha y dejó montados todos los cañones. En sus correrías, llegó a la costa norte de la isla, y allí descubrió a lo lejos una casa cubierta de ramaje. Dirigióse a ella. En la casa habitaban siete diablos; cuando llegó Tou-loa estaban, por fortuna, ausentes; habían ido a robar a un país lejano. Entró en la casa y encontró allí a una viuda. Ésta le dijo: — Mancebo, has tenido una mala idea, pues si vuelven los diablos, te devorarán.

Pero la mujer gustaba de su compañía, y cuando iban a llegar los diablos lo metió en un arca, además de la cual aún había otras ocho más allá, y la cerró con llave. Entonces los diablos entraron en la casa y conocieron por el olfato que había allí algún extraño. La mujer lo negaba, y decía que se equivocaban. El olor a hombre se hacía cada vez más fuerte. Tou-loa sudaba mucho en su prisión, de modo que los perros, cuando

ventearon el olor, querían destrozar a bocados, con violencia, las arcas. Los diablos volvieron a preguntar a la mujer, y por último ella les respondió: — Sí, lo hay. — Y añadió, tratando de obtener de los demonios que no asesinaran a Tou-loa: — Pero ved: yo soy ya vieja. ¿Quién os guisará la comida cuando regreséis los siete de vuestros viajes?

El diablo mayor dijo: — ¿Dónde está ese hombre? Tráelo aquí, que me lo comeré.

El más joven replicó: — Hermano, no lo hagas; piensa en que la mujer es ya vieja.

Y por último, dijeron los siete: — Es verdad.

Entonces la mujer abrió el cofre, y Tou-loa salió fuera y comió y bebió con ellos. Cuando hubo pasado determinado tiempo, los diablos salieron otra vez para robar y sólo volvieron al cabo de siete días. Tou-loa y la viuda quedaron en la casa para custodiarla. Pero los diablos les habían advertido que no abrieran las puertas de las bodegas de la casa. Al principio obedecieron la orden, pero como la mujer era cada vez más vieja y descuidada, bien pronto aprovechó él una oportunidad y abrió una bodega en la que sólo halló monedas de cobre; abrió otra, y estaba llena de plata. Pero como el regreso de los diablos podía acontecer a cada momento, volvió a cerrar la

puerta. Les dió de comer y beber convenientemente, y cuando partieron de nuevo, volvió a inspeccionar las bodegas; en una sólo se encontraban monedas de oro. Y cuando penetró en el último escondrijo descubrió allí a una princesa. Era que los diablos habían robado la hija de un rey del país de Oriente, la habían llevado a aquella bodega, la habían atado por los cabellos a las vigas del techo y la habían sujetado los pies con pesados hierros.

Cuando Tou-loa vió a la muchacha, investigó primero con detención cómo la habían atado los diablos y después soltó las ligaduras. Pero como los diablos podían regresar de un momento a otro, volvió después a ponérselas de nuevo. Cuando se hubieron marchado, volvió a soltarla. Y un día, cuando ya la muchacha había vuelto a recobrar sus fuerzas, abrieron ambos la bodega en que estaba el oro y trasladaron a la lancha todas las monedas de oro. Después echaron la lancha al mar, y partieron. Tou-loa izó prestamente todas las velas, y cargó también, por precaución, todos los cañones. Los diablos, que habían vuelto a emprender un viaje de rapiña, estaban ya a la mitad del camino, cuando se les ocurrió la sospecha de que quizá Tou-loa no se proponía nada bueno en su casa; por ello dieron

vuelta aceleradamente. Al llegar a casa, vieron que las bodegas estaban abiertas, Tou-loa y la princesa habían huído, mientras la vieja yacía en el lecho y no podía ya moverse. Los siete diablos ensillaron entonces sus caballos de viento, y cabalgaron tras los fugitivos. Dirigieron los caballos por encima del mar. Cuando Tou-loa los vio venir, disparó el primer cañón, y el diablo más viejo cayó muerto. Y así fué matando, uno tras otro, a los siete diablos.

Llegaron a un gran país en cuya rada estaban ancladas muchas naves. Anclaron también la suya y Tou-loa desembarcó para ver la ciudad. Cierto que llevó consigo muchas monedas de oro; pero no se proponía comprar ninguna linda cosa que tuviera después que llevar consigo. Se llenó de dinero los bolsillos para comprar aguardiente de sagú, del cual bebió después con los otros navegantes, hasta que todos estuvieron beodos; el dinero que le sobró lo esparció entre la gente, regalándoselo.

Otro día, vagando de nuevo por el país, vió a un hombre muerto. Lo habían puesto de través en el camino, para que todo el que pasara por allí tuviera que pisarlo, y si alguien no lo hacía, una guardia de nueve hombres lo cogía y lo metía en la cárcel. Tou-loa no quería pisar el cadá-

ver, y les preguntó a los guardianes: — ¿Por qué debo pisar el muerto?

Los guardianes respondieron:

— El rey lo ha ordenado. Ese hombre dejó a deber ocho mil ducados; por eso debe yacer aquí, en el camino; todo transeunte tiene que pisarlo; si no lo hace, entonces tiene que pagar los ocho mil ducados y, si tampoco quiere hacerlo, tenemos que atarlo y llevarlo a la cárcel.

Tou-loa los escuchó, y les dijo: — Id a decir al rey que yo pagaré las deudas para que el muerto pueda ser enterrado.

Ellos se lo comunicaron al rey, y éste ordenó a sus servidores que fueran con Tou-loa hasta el navío, donde les dió nueve bolsas de oro. Dió también dinero para pagar a la gente, y que enterraran al muerto. Un día llegó un navío del Oriente y trajo la noticia de que el rey de las tierras de Oriente había enviado ciento un navíos para buscar a su hija. El rey había hecho saber que quien encontrara a su hija la recibiría por mujer. La princesa que estaba con Tou-loa era la hija del rey del Oriente. En seguida buscó una flor, la sujetó en la punta de una caña de bambú, y por mano de un mozo la envió con una carta al barco extranjero. Ponía en la carta que el dador debía recibir quinientos ducados. El mozo

entregó la carta, recibió el dinero y quedó muy contento. Cuando llegó el tiempo de la partida, el comandante del navío mandó una carta a Tou-loa y la princesa para que pasaran a bordo. Hicieronlo así, y fueron levadas anclas. Pero entonces observó el comandante lo hermosa que era la princesa, y reflexionó calladamente cómo podría suplantar a Tou-loa. Y de este modo, dióle a la tripulación la orden siguiente: — Fijaos mucho en ese mozo, en Tou-loa, y cuando esté junto a la borda, arrojadlo al mar.

En la primera ocasión que se presentó, la tripulación lo arrojó al agua, y ahora ya podía el comandante, cuando llegaran a las tierras de Oriente, recibir la mano de la princesa.

El alma del muerto enterrado por los cuidados de Tou-loa se había convertido en un gran pez, e iba tras el barco desde el día en que el navío hizo rumbo hacia su patria. Cuando la tripulación arrojó por la borda a Tou-loa, el pez se lo tragó. Y nadó rápidamente hacia el Oriente; lo vomitó en la costa, no lejos de la desembocadura de un río, y le buscó que comer y que beber.

El navío entró tres días después y disparó un cañonazo, para que el rey supiera que había llegado su hija. También el rey hizo descargar un cañón, para que comprendieran a bordo que ha-

hía comprendido el saludo. El comandante se fatigaba en vano para lograr de la princesa que olvidara a Tou-loa. También quiso la suerte que se hiciera saber al rey que su hija no quería desembarcar; sólo cuando se presentó el rey a bordo y le rogó cordialmente que fuera con él, accedió a hacerlo. Y en su alegría, el rey de la tierra del Oriente dió una fiesta que duró siete días. Así que hubieron pasado, el comandante se presentó al rey y le pidió la mano de su hija. Entonces el rey, para que lo supieran todos los súbditos, publicó la proclama siguiente: «¡Venid todos! Vamos a celebrar nueva fiesta, pues en breve quiero desposar a la princesa con el comandante.»

Las gentes llegaron a montones, y se preparó una fiesta grande y magnífica. El día en que debía celebrarse la boda, también Tou-loa quiso ver aquel espectáculo; bien pronto lo descubrió entre el pueblo la princesa, y corrió junto a él. Dejó plantado al comandante y llevó a Tou-loa ante su padre: —Mira, éste es el hombre que me ha libertado. Cuando estábamos en alta mar, el comandante hizo que la tripulación lo arrojara al agua.

En seguida refirió a su padre cómo había sido arrebatada por los siete diablos, cómo había venido Tou-loa y la había librado. Cuando el rey

hubo oído todo esto, hizo reunir el consejo imperial, que decidía con él los asuntos. Pronuncióse la sentencia de que el comandante debía ser castigado, porque era un miserable. Y así, el rey ordenó que fuera colgado de un árbol cabeza abajo.

En cuanto a Tou-loa, se casó con la princesa, y cuando quiso trasladarse a su patria, el rey de la tierra del Oriente no se lo consintió; Tou-loa debía quedar a su lado. De este modo vivió en casa de su suegro. El rey le regaló todos sus tesoros y Tou-loa y su joven esposa no carecieron ya de nada.

VII

LA HISTORIA DEL SULTÁN INDYILAI

(Del sur de Celebes.)

En el nombre de Alá, misericordioso, cuyo auxilio impetramos. Esta es la historia:

Una vez era un sultán que se llamaba el sultán Indyilai. Su mujer se llamaba Sitti Sapia, y sus dos hijos eran llamados Abeduledyumali y Abeduledyulali. Hacía ya mucho tiempo que era sultán, cuando un día fué a pasear por sus jardines con sus servidores y portadores de buyo. Entonces descubrió una tórtola en la rama de una higuera. Hizo que le trajeran su cerbatana y, cuando la servidumbre se la hubo traído, disparó a la tórtola y le alcanzó en un ala, de modo que cayó al suelo aleteando. Los siervos tuvieron que recogerla y traérsela, pues quería matarla. Entonces comenzó a decir la tórtola: — ¡Oh, mi señor y

soberano sultán Indyilai! ¿Por qué se te antoja matarme? ¿Qué quieres hacer conmigo?

El sultán Indyilai le respondió: — Tortolita, quiero comerte.

Y la tórtola: — Mi señor y soberano, ¿de qué te serviría matarme y hacerme guisar? No alcanzaré para ti y para tus hijos. ¿Sabes si no sería mejor que me dejaras en libertad? Alcanzarías así un merecimiento y satisfarías la súplica de un ser que también ha sido creado por Alá.

El sultán Indyilai: — Tortolita, es mucho mejor que te mate y te coma con mis hijos.

La tórtola: — Mi señor y soberano sultán Indyilai, ponme en libertad. Pues seguramente tendrás una ganancia mucho mayor dejándome libre.

El sultán Indyilai: — ¿Pues qué ganaré, tortolita?

La tórtola: — Mi señor y soberano, déjame libre y entonces volaré a la rama más baja de la higuera y te diré una razón. Después volaré a la rama del medio y te diré una razón y, por último, a la rama más alta y volveré a decirte una razón. Tres razones quiero revelarte.

El sultán Indyilai: — ¿Dices la verdad, tortolita?

La tórtola: — Sí, señor.

El sultán Indyilai: — Pues entonces te deajo libre, tortolita.

El sultán Indyilai puso en libertad a la tórtola. Ella voló hacia la higuera y se posó en la rama más baja. El sultán dijo: — Habla, pues, tortolita.

La tórtola: — Señor, escucha lo que voy a decirte. Mi abuelo se lo dijo a mi padre, mi padre me lo dijo a mí y ahora te lo digo a ti. Comprenderás en seguida su utilidad y advertirás su verdad. Por lo tanto, te digo lo siguiente: si llega a tu noticia algún dicho, si oyes una historia o alguien enuncia ante ti una opinión, examínalo primero, y sólo creas aquello que contenga un sentido razonable.

En seguida voló la tórtola a la rama del medio de la higuera.

El sultán: — Sigue hablando, tortolita.

La tórtola: — Señor, escucha esto que te digo: no te lamentes jamás de lo que ya ha ocurrido; no te arrepientas jamás de lo que ya has hecho.

Entonces la tórtola voló a la rama más alta de la higuera.

El sultán: — Habla, tortolita, y cumple lo prometido.

La tórtola: — Pues escucha mis palabras, señor: eres realmente un mentecato. Si me hubieras mantenido bien agarrada, me hubieras matado y

hubieras abierto mi buche, habrías encontrado en él tres rubíes, tan grande cada uno como un huevo de pato.

Cuando la tórtola hubo acabado, voló hacia su nido. También el sultán se levantó al momento para perseguirla precipitadamente. Tres días y tres noches anduvo tras ella, pero no fué capaz de acercársele. De pronto la tórtola voló a un matorral de espinos. El sultán la siguió también hasta allí. El turbante, el jubón y las calzas del sultán se desgarraron y quedaron colgados de las espinas. Tampoco el cuerpo del sultán quedó sin daño, pues las espinas se le hincaron diligentemente en las carnes. Entonces exclamó la tórtola: — Señor sultán Indyilai: ahora se han manifestado plenamente tu tontería y tu escasez de luces; te pareces a un animal que no tiene razón. En primer lugar, me pusiste en libertad teniéndome entre tus manos, cosa que no alcanza la razón. Por lo tanto, soy más hábil que tú, y tú eres un hombre y yo una avecilla; tú eres un señor poderoso y yo una miserable ave. ¿Quieres aún otro testimonio de lo tonto que eres? Estaba yo ya en tu gaza y, sin embargo, me hice libre y no has podido comerme. Además, tu escasez de luces resulta claramente de lo que sigue: ¿no te dije yo hace poco que no creyeras disparates? Y,

sin embargo, has tomado en serio puros disparates, de donde resultó que hayas tenido que pasar hambre tres días y tres noches. El cuerpo es apenas tan grande como un huevo de pato; ¿cómo podría, por lo tanto, haber en mi buche tres piedras preciosas, cada una de las cuales fuera tan grande como un huevo de pato? Y, finalmente, tu tontería resulta aún clara de esto otro: ¿no te dije que no te arrepintieras jamás de un hecho que hubieras hecho? Y, sin embargo, te arrepentiste de un hecho. Así, tuvo que resultar que se destrozaran tus vestiduras y tu cuerpo fuera desgarrado. ¿Cómo podías, pues, pensar que íbas a cogerme? Yo ya sabía que querías matarme.

Tras esto, la tórtola voló a su nido. También el sultán Indyilai regresó a su palacio. Poco después comenzó a propalarse esta burla y llegó a ser conocida de todos. El consejo imperial, los principales de su séquito, lo desposeyeron además de sus dignidades. Hacía ya algún tiempo que estaba depuesto, cuando ocurrió que un día, un jueves, estaba sentado junto a su esposa Sitti Sapia. Pensaba entre sí: — El corazón humano es realmente insensible. Me han arrojado de mi trono, y, sin embargo, no sé por qué.

La tristeza y el enojo se apoderaron del sultán Indyilai y de su esposa; deliberaron entre sí y

decidieron hacer todos los preparativos para abandonar el país. Cuando todo estuvo dispuesto para la partida, el sultán Indyilai y con él su esposa Sitti Sapia y sus dos hijos Abeduledyulali y Abeduledyulali, abandonaron el imperio.

Caminaron sin descanso, y llegaron, por último, a la grande y ancha llanura Cahraulwasii, en cuyo medio se alzaba el árbol Asadyeratulemahiyato. En este árbol estaba el nido de la tórtola a que había disparado el sultán. Era mediodía y los viajeros se tendieron bajo el árbol para descansar a su sombra. Ocurrió entonces que el hijo más joven, Abeduledyulali, miró hacia arriba y descubrió el nido de la tórtola. Y le dijo a su padre: — Querido padre: bájame las tortolitas. Me gustaría jugar con ellas.

Dijo el padre: — Niñito mío, ¿para qué me pides tórtolas? Cree que a causa de una tórtola hemos caído en desgracia.

Abeduledyulali persistió en su deseo; quería jugar con las tórtolas y se echó a llorar. Lloró todo el día, hasta que, por último, el padre subió al árbol, por lástima, para cogerle las tortolitas. La tórtola vieja estaba justamente ausente, buscando alimento para sus hijos. Por lo tanto, el padre cogió a los polluelos del nido y se los llevó a Abeduledyulali, que jugó alegremente con ellos.

Cuando regresó la tórtola madre, encontró vacío el nido, y al mirar abajo vió que sus polluelos y el principito jugaban juntos. Estar así separada de sus hijuelos prodújole a la tórtola indecible dolor, y suplicó a Alá, misericordioso: — ¡Oh, Señor: imploro tu protección, atiende mis súplicas y mis demandas de auxilio: separa unos de otros a los hijos, al padre y a la madre, como ellos me han separado de mis hijuelos.

Alá, el misericordioso, atendió la súplica de la tórtola y sus clamores de auxilio. Iba a ponerse el sol. Entonces el sultán Indyilai le dijo a su hijo: — Niñito mío querido: si has jugado bastante, quiero volver a llevar las tortolitas a su nido.

Las volvió a subir al árbol, y cuando el sol se puso, siguieron adelante. Al comenzar la noche llegaron al borde de un bosque, y poco después a un río llamado Annahrulamiku, que era tan ancho que no se podía ver a un hombre que estuviera a la otra orilla. Querían pasar al otro lado, pero no encontraban lancha que poder utilizar. Sólo después de buscar mucho descubrieron una pequeña barquilla, en la que, todo lo más, podían caber tres personas.

El sultán le dijo a su esposa: — Primero te pasaré a tí, después volveré por los niños.

Sitti Sapia respondió: — Como tú quieras.

El sultán puso a los dos niños en la arena, y después fué a la barca con su esposa.

Se encontraban en el medio de la corriente, cuando casualmente pasó un pescador, bordeando con su barca la orilla del río, y descubrió a los dos niños. Desembarcó, cogió a Abeduledyumali y Abeduledyulali, los metió en su barca y los llevó consigo a casa.

Mientras tanto, el sultán había atravesado remando la corriente. Sacó a su esposa del bote y le dijo: — Quédate aquí, yo voy ahora por los niños.

Pero al querer recogerlos, no los encontró, por más que buscó cuanto pudo. Mientras tanto, navegaba, por casualidad, por la otra orilla un comerciante que divisó a Sitti Sapia, que estaba sentada sobre la arena. Hizo que atracara el barco, apoderóse de la mujer, llevóla a su embarcación y siguió con ella adelante.

El sultán buscaba y buscaba y no encontraba a los príncipes; entonces comenzó a llorar. Se trasladó rápidamente junto a su esposa; pero cuando llegó al otro lado, tampoco la encontró. El comerciante la había raptado. Entonces el sultán Indyilai lloró; vagaba por todas partes y se quejaba amargamente. No comía, no bebía ni

dormía. Y así anduvo por aquellos contornos durante largo tiempo; su corazón quería estallar de pura angustia y pena, y le era indiferente si era día o noche.

La historia pasa ahora a tratar de otra cosa.

Había allí un imperio que se llamaba Biladutasenipi, cuyo sultán había muerto. Pero no era permitido que fuera enterrado hasta que tuviera sucesor; y éste sólo podía ser hecho sultán cuando el elefante imperial lo hubiera buscado. Sólo al que fuera traído por el elefante le era dado llegar a ser sultán. De este modo, todo el pueblo, el Consejo imperial, los dignatarios, se apesadumbraban, porque su sultán difunto permanecía tanto tiempo sin ser enterrado. Y, por último, se reunió el Consejo de imperio y los más altos dignatarios, y adoptaron la siguiente resolución: Soltaremos al elefante imperial, y él debe buscar a alguien a quien podamos hacer sultán. Por lo tanto, el elefante imperial fué puesto en libertad; corrió por el bosque, y allí, en medio de la espesura, encontró al sultán Indylai. Cuando éste se encontró frente al elefante, apoderóse de él espanto y terror; en su miedo, corría de un lado a otro, y, por último, se encaramó a un árbol para esconderse; pero el elefante iba siempre pisándole los talones.

Por último, dijo el elefante: — Vamos, sultán Indyilai, ven junto a mí. No intentes esquivarme, o no dejes de atreverte a bajar del árbol y montar en mis lomos, pues si no, te como.

El sultán: — ¿Por qué debo ir junto a ti y montarme en tus lomos? ¿De verdad quieres comerme?

El elefante: — Quiero llevarte al país de Biladutasenipi; allí se ha muerto el sultán, y sólo pueden tener uno nuevo cuando yo les lleve el sucesor.

Entonces el sultán bajó del árbol e instalóse en los lomos del elefante. Éste corrió rápidamente con él hasta el país de Biladutasenipi. Todo el pueblo, el Consejo imperial y los más altos dignatarios, salieron a la frontera para saludarlo; después lo llevaron por el país en un trono, de manera solemne, y fué proclamado sultán del imperio de Biladutasenipi. El sultán muerto fué llevado a la tumba.

Llevaba ya algún tiempo el sultán ejerciendo la soberanía, y sus súbditos se acongojaban mucho, en lo profundo de su corazón, por no poder comprender por qué su sultán no tenía esposa. Y, sin embargo, desde que gobernaba el sultán Indyilai, encontraban general aplauso sus actos de gobierno, tanto los primeros como los últi-

mos; pues era hombre que había aprendido a gobernar. Desde que el nuevo sultán estaba en el país, todo florecía en el imperio; había grandes cosechas de arroz y de todos los otros frutos que producía la tierra. Había abundancia de todas las cosas y por eso venían muchos viajeros, mercaderes y comerciantes; tenían de todo, no necesitaban ir fuera a buscar cosa alguna, pues de todo estaban ricamente provistos. El sultán era justo y benévolo con los consejeros del imperio, con los dignatarios y la gente común. Nadie había visto jamás tanta vida y movimiento en Biladutasenipi como durante el tiempo del gobierno de este sultán, pues las gentes acudían en masa cuando oían hablar de su justicia y bondades.

La historia pasa ahora a tratar de otra cosa.

Cuando la tórtola volvió a encontrar a sus hijitos en el nido alegróse sobremanera y rogó a Alá el justo: — ¡Oh, señor! Escucha mi ruego y cumple mi deseo. Solicito tu perdón, ¡oh todopoderoso! ¡Perdóname y auxiliame! Perdona al sultán Indylai, a sus hijos, al esposo y a la esposa. ¡Oh tú, altísimo! Vuelve a reunirlos, júntalos como antes, cuando aún no me habían hecho nada malo.

Alá, el sacratísimo, acogió la plegaria de la tórtola y le concedió el suplicado perdón.

La historia pasa ahora a tratar de otra cosa.

También el pescador que había robado a Abeduledyumali y Abeduledyulali, tuvo noticia del nuevo sultán, de su justicia y amabilidad. Deliberó con su mujer y llegaron a la siguiente decisión: — Nuestros hijos se han hecho ya mayores y debemos llevarlos al nuevo sultán como signo de nuestra sumisión. Junto a él serán enseñados en los más tradicionales usos y costumbres y aprenderán buena conducta. Pues a mi modo de ver, distan mucho de ser de humilde ascendencia; sus modales son muy distintos de los nuestros y se parecen a los de un hijo de rey.

Mas el lugar donde vivía el pescador estaba en el imperio del sultán de Biladutasenipi. Y de este modo, el pescador, su mujer, Abeduledyumali y Abeduledyulali hicieron todos los preparativos para el viaje. Cuando los hubieron terminado, se pusieron en camino.

Subieron al palacio del sultán. Aquí el pescador se postró ante el soberano. El sultán de Biladutasenipi le dijo: — Pescador, ¿qué deseas de mí? Es la primera vez que te veo.

El pescador se inclinó profundamente y respondió: — Señor, vuestro más humilde siervo os saluda y os ofrece sus respetos. Querría exponeros un asunto importante.

El sultán: — Habla, te escucho.

El pescador y su mujer: — Os traemos nuestros hijos y os rogamos que los aceptéis como servidores y los conservéis a vuestro lado. Hacedlos instruir fundamentalmente en los tradicionales usos y costumbres y enseñadles a tener buena conducta.

El sultán: — Acepto vuestro ofrecimiento y os doy gracias sinceramente.

De este modo, el sultán recibió junto a sí a los hijos del pescador y éste se volvió con su mujer. El sultán se complacía mucho con ellos y nombró a Abeduledyumali y Abeduledyulali sus portadores de buyo. Cuando comenzaron a desempeñar este cargo, el sultán les tomó aún más cariño.

La historia pasa ahora a tratar de otra cosa.

También el comerciante que había raptado a Sitti Sapia tuvo noticia del nuevo sultán del país de Biladutasenipi, de su justicia, afabilidad y liberalidad. Habló con su tripulación y le dijo: — Preparemos todo para ir a Biladutasenipi para ejercer allí nuestro comercio, pues allí deben poderse hacer buenos negocios, porque el sultán es justo, afable y dadivoso, tanto con sus súbditos como con los forasteros, y en especial, con los mercaderes.

De este modo fueron hechos todos los preparativos e hicieron vela hacia Biladutasenípi.

Después de haber empleado en el camino algún tiempo, llegaron allá y anclaron la nave. El comerciante comenzó a vender sus mercancías. Y al cabo de tres meses tenía ya casi todo vendido. Entonces compró todo y cuanto se le antojaba, pues desde que reinaba el nuevo sultán podía obtenerse todo lo que se quisiera en la variedad más abundante. Cuando tuvo terminadas las compras y despachados todos sus otros asuntos, quiso partir el comerciante. Dijo: — Hemos terminado nuestros negocios. Nos marcharemos mañana.

Entonces se le ocurrió que aún no había visto al sultán y que aún no le había presentado sus respetos. Por eso hizo empaquetar toda suerte de regalos. Muchas clases de preciosos objetos que quería entregar al sultán como señal de acatamiento. Tras ello se dirigió a palacio, postróse ante el sultán y tendióle sus presentes. El sultán se alegró mucho. Díjole: — Dime, comerciante, ¿por qué no viniste hasta ahora? ¿Por qué permaneciste tanto tiempo sin dignarte venir aquí?

El mercader respondió: — Soberano y señor, a nosotros, los mercaderes, ocúrrenos de este modo. Pasamos muy duros trabajos con cobrar

y prestar dinero; aquí tenemos que hacer un pago, allí no piensan en lo que nos deben.

El sultán: — Tienes razón, comerciante.

El sultán y el mercader todavía conversaron juntos un rato; después dijo el último: — Aún tengo que decir una cosa a Vuestra Magnificencia, y es que, si *Alá* el todopoderoso lo quiere, partiremos en viaje de regreso mañana.

El sultán: — ¿Por qué tienes tanta prisa, comerciante?

El mercader: — Tengo prisa para proveerme de nuevas mercancías que encuentran aquí buena salida. En breve tiempo he visto consumidos todos mis artículos.

El sultán: — Ya que quieres partir mañana, mercader, quédate conmigo para ser mi huésped esta noche.

El mercader: — Será otra vez, poderoso señor; volveré de nuevo a visitaros.

El sultán: — Y, sin embargo, te ruego que te quedes conmigo esta noche. ¿Quién sabe si alguno de nosotros, tú o yo, no tendremos que abandonar la vida mañana o pasado?

El mercader: — Poderosísimo sultán, realmente esta vez tengo que despedirme de vos, pues con la mejor voluntad no puedo ser vuestro huésped. Traigo a mi mujer conmigo y a bordo

no hay nadie a quien pueda confiarla. En el barco sólo hay gente extraña, a mis servidores no los tengo conmigo y, por lo tanto, no tengo nadie a quien pueda encomendar su protección.

El sultán: — Mercader, no te preocupes si sólo se trata de la protección de tu mujer. Deja eso a mi cuidado; la acompañarán para guardarla mis dos portadores de buyo. Si yo los envío es exactamente como si fuera yo mismo. En nombre de Alá el misericordioso, puedes confiar en mí, mercader.

El mercader: — Por lo tanto, me acomodo a vuestros deseos.

Y el comerciante se quedó en el palacio porque el sultán se mostraba tan amable con él.

El sultán dijo: — Llamad a mis portadores de buyo.

Los portadores de buyo, los hijos del pescador, los dos hermanos, fueron llamados y se prostraron ante el sultán. El sultán dijo: — Portadores de buyo: os ordeno que vayáis a bordo del navío de este mercader. Confío en vosotros y por eso os encargo que guardéis a su mujer. Pero os digo una cosa: no os quedéis dormidos, veladla siempre. Abeduledyumali, alterna con tu hermano en esta guardia.

Los hijos del pescador: — Señor, cumpliremos tu mandato.

El sultán: — Portadores de buyo: os digo aún otra cosa. No me dejéis quedar mal; no hagáis nada que pueda ofender al mercader, si no, os hago matar.

Púsose el sol, los portadores de buyo se trasladaron a bordo del navío mercante. Abeduledyumali hizo la guardia toda la noche. Cuando comenzaba a clarear la mañana, se caía de sueño. Despertó a su hermano y le dijo: — Hermano, levántate y sustitúyeme; estoy muy cansado; después puedes volver a dormir.

Abeduledyulali: — Déjame en paz. No puedo; para mí no hay nada como el dormir.

Y como su hermano volviera a sacudirlo a pesar de esto, el único resultado fué que Abeduledyulali se enfadara mucho. No fué posible hacerlo levantar.

De nuevo le rogó Abeduledyumali: — Hermano, no hagas eso, no te portes como un villano, pues no lo eres; tu padre y tu madre tampoco lo eran; al contrario, procedes de sangre noble. Pero tu desgracia te persigue. Ya entonces no querías hacer caso de las amonestaciones de nuestro padre y por eso nos ha alcanzado esta desgracia. — Y Abeduledyumali siguió diciendo: — Herma-

no, piensa sólo en cuál fué el motivo de que tuviéramos este destino. Cuando nos habíamos detenido bajo el árbol y descansábamos a su sombra, lloraste tú porque querías tener a las tortolitas y jugar con ellas. El padre dijo: ¿Por qué quieres jugar con ellas? La tórtola madre te maldecirá, niño. Pero tú no ponías fin a tu llanto, y por último el padre te bajó las tortolitas. Y la tórtola madre imploró a Alá, el misericordioso, y él oyó su ruego; por eso caímos en desgracia. A nuestra madre la raptó un comerciante, nosotros fuimos robados por un pescador y no sabemos qué fué del padre ni dónde habrá ido a parar. Acaso le devorara un cocodrilo, acaso alguien lo haya asesinado, acaso haya perecido de hambre.

Sitti Sapia había oído todo lo que había dicho Abeduledyumali. Lloraba, gritaba, suspiraba y exclamaba incesantemente: — ¡Mis hijos! ¡Son mis hijos!

Salió corriendo de la cámara y abrazó a Abeduledyumali y a Abeduledyulali. Entonces lloraron todos juntos, la madre con los hijos. Los tripulantes del navío se despertaron con el ruido y se llenaron de espanto al oír llorar a la mujer del mercader. Era el amanecer. Se levantaron, alborotaron y gritaron: — ¡Socorro! Los portadores de buyo atentan contra la mujer del mercader, quie-

ren deshonrarla; ella se resiste y llora y grita.

También los habitantes de la aldea percibieron el ruido, de modo que el sultán se despertó sobresaltado. Preguntó: — ¿Qué estruendo es ese en el navío del mercader?

Le dijeron: — Se dice que los portadores de buyo han atentado contra la mujer del mercader y quieren deshonrarla; ella se resiste y grita y llora.

Entonces el sultán no sabía lo que debía hacer, pues se avergonzaba ante el mercader; mas exclamó de repente: — Corred todos al navío, apoderaos de esos bribones y encadenadlos.

Entonces corrieron todos allí y se apoderaron de Abeduledyulali y Abeduledyumali.

Fueron cargados de cadenas. Los primeros dignatarios se dirigieron al sultán y le anunciaron: — Señor, están cargados de cadenas.

El sultán dijo: — Llamad a mi mensajero Maemuru.

Apareció al momento.

El sultán: — Mensajero, oye mi mandato. Lleva a los portadores de buyo a los verdugos y díles que tienen que ajusticiarlos, pues me han deshonrado ante mi amigo el comerciante.

— Señor, vuestra orden será cumplida.

Y Maemuru llevó a los portadores de buyo a los verdugos.

La historia pasa ahora a tratar de otra cosa.

El sultán de Biladutasenipi tenía tres verdugos que se llamaban Muhalike, Mukatile y Mu-taine. Cada uno vivía en una aldea distinta.

El mensajero buscó primero al verdugo que era llamado Muhalike. Cuando llegó a la aldea se dirigió rectamente a casa de Muhalike y lo encontró allí. Muhalike dijo: — ¿Qué deseas y por qué me traes amarrados con cadenas a los portadores de buyo del sultán?

El mensajero: — El sultán me ha ordenado que viniera junto a vos, pues desea que estos dos sean muertos. Han causado la deshonra del sultán y por eso os ordena que los ajusticiéis.

Muhalike: — ¿En qué han delinquido?

El mensajero: — El sultán tiene un amigo, un comerciante; éstos han ido a su mujer y querían atropellarla.

Muhalike: — ¿Se han hecho averiguaciones sobre el caso? ¿Se les ha oído? ¿Se ha comprobado todo desde el principio al fin?

El mensajero: — No fué hecha ninguna averiguación; tampoco han sido oídos.

Muhalike: — Mensajero, pues entonces no quiero ajusticiarlos. De un lado, porque temo a Alá el justiciero, y de otro, porque sé que son los favoritos del sultán. Puede llegar un día en que

el sultán se arrepienta de no haber hecho ninguna averiguación y de no haberlos oído. Te contaré una historia.

La historia pasa ahora a tratar de otra cosa.

Esto es lo que contó Muhalike al mensajero del sultán: — Una vez era un gran sultán. Tenía un adivino cuyas predicciones se habían realizado siempre, por lo cual gozaba del mayor favor con el sultán. El sultán regía ya desde hacía mucho tiempo, cuando un día se vino abajo su palacio. Entonces quiso edificar un palacio nuevo. Hizo llamar al adivino. El adivino vino en seguida. Postróse ante el sultán. El sultán le dijo: — Te hice llamar porque quiero construir un nuevo palacio. Tienes que averiguar qué día será el más favorable para la edificación de la casa. — El adivino dijo: — Señor, construye tu casa a mediodía del martes, pues sabe que cualquiera que edifique su casa en ese momento la tendrá de oro; lo que sea plantado en ese tiempo dará frutos de oro. — Entonces el adivino se volvió a su casa. El sultán esperó hasta el martes. Como éste era el tiempo determinado por el adivino, el sultán hizo entonces erigir su casa. Estaba en pie hacía ya algún tiempo y el sultán esperaba que se cumpliera la profecía, pues el adivino había dicho: la casa será de oro cuando esté edificada. El sultán esperaba

y esperaba, pero las palabras del adivino no se realizaban. Entonces dijo el sultán: — Las palabras del adivino no se han realizado, por lo tanto, es un embustero. — E hizo que lo degollaran. Algunos días después de la muerte del adivino, dirigióse el intendente de los jardineros al palacio para cumplimentar al sultán y ofrecerle un presente. Quería presentarle un plátano de oro. Penetró, pues, en palacio, dirigióse a donde estaba el sultán y le presentó el fruto. Cuando el sultán vió el plátano quedó extremadamente sorprendido, pues era la primera vez en su vida que veía un fruto semejante. El sultán dijo: — Intendente, ¿de dónde viene este maravilloso fruto? Por primera vez en mi vida ven mis ojos un plátano de oro. — El intendente: — Señor, todos mis respetos son para vos. Sí; este es el fruto de un platanero que he plantado en martes. Señor, cuando hicisteis llamar al adivino estaba yo cerca. Vos preguntasteis: Adivino, ¿qué día será el más favorable para la edificación de un palacio? El respondió: El martes, pues cualquiera que edifique su casa en ese tiempo la hará de oro, y lo que es plantado en ese tiempo dará frutos de oro. Cuando llegó el día determinado por el adivino planté a mediodía un platanero, y ahora ha dado este fruto de oro. — El sultán: — Intendente, ¿por qué

no se ha vuelto de oro mi palacio? — El intendente: — Señor, procede de esto. No se tuvo en cuenta la hora que había determinado el adivino. El había dicho: Erigid el palacio un martes a mediodía. Mas cuando estuvo construído, el sol había pasado ya del mediodía. Por eso el palacio no se convirtió en oro. — El sultán: — Ahora me arrepiento de haber matado al adivino. Era un hombre excelente. Fuí su asesino por no haber hecho averiguar el asunto suficientemente.

La historia vuelve ahora a Muhalike.

Muhalike dijo: — Ya has oído, mensajero: que porque no se había oído a aquel hombre, se cometió un asesinato en su persona, y que el sultán se arrepintió amargamente de haber tenido que ser su asesino. Por eso yo te digo: vuelve a llevar los portadores de buyo al sultán y que sean oídos antes. Una vez que esto haya sido hecho y se haya demostrado que merecen la muerte, entonces vuelve a traérmelos y los mataré.

Maemuru se alejó y fué con los portadores de buyo junto al segundo verdugo Mukatile.

Cuando hubo llegado a su aldea, se dirigió derechamente a casa de Mukatile, y también lo encontró en ella.

Mukatile dijo: — Mensajero, ¿qué deseas y por qué vienes a mí? Antes de ahora no estuviste

aquí nunca, y ahora me traes encadenados a los portadores de buyo del sultán. Sin embargo, son sus favoritos.

Maemuru: — El sultán me envía junto a tí, y desea que ejecutes a estos hombres encadenados.

Mukatile: — ¿Qué delito han cometido? ¿En qué han delinquido?

El mensajero: — El sultán tiene un amigo, un comerciante; éstos han ido a su mujer, y querían abusar de ella.

Mukatile: — ¿Se han hecho averiguaciones sobre el caso? ¿No se les ha oído?

El mensajero: — No.

Mukatile: — No quiero ajusticiarlos antes de que sea hecha una averiguación y hayan sido oídos. Pues de un lado temo a Alá, el justiciero, y de otro, quizá el sultán se arrepienta, pues sé que los portadores de buyo son sus favoritos. Mensajero, quiero contarte una historia.

Y el verdugo le contó a Maemuru la historia siguiente:

— Una vez era un sultán que tenía una hija que se llamaba Sitti Maemuna. Poseía una caca-túa, a la que quería mucho. Sólo comía lo que le daba su dueña, y también le tenía a Sitti Maemuna mucho cariño. Y se portaba completamente como una persona. Todas las frutas que logra-

ba coger se las traía a su señora, aun cuando la estación no fuera completamente propia para ellas. Siempre procedía así, y también por eso Sitti Maemuna le tenía cariño. Un día la cacatúa Danga le trajo a Sitti Maemuna un fruto del árbol Sadjeratulemalahate. Sitti Maemuna, dijo: — ¿Qué me traes ahí, Danga? — Danga: — Señora, lo que os traigo es un fruto del árbol Sadjeratulemalahate. — Sitti Maemuna: — ¿Cómo sabe eso, Danga? — Danga: — Señora: dulce, refrescante y aceitoso. — Sitti Maemuna: — Danga, ¿qué utilidad tiene?, ¿qué efectos produce? — Danga: — Estos son sus efectos: tan pronto como un enfermo come de él, se siente sano de nuevo. Si tiene picores u otra enfermedad de la piel, si vino al mundo con miembros retorcidos, si es cojo o tiene algún otro defecto, tan pronto como prueba este fruto, está curado por completo. Además, si come de él un hombre feo, se convierte en hermoso; si hay alguien que esté en prisión con cadenas, y se le da de él, recobra su libertad al momento. — Entonces, pensó para sí Sitti Maemuna: — Acaso será mejor que no coma ahora este fruto, sino que lo plante en tierra; cuando la nueva planta dé fruto, entonces podré comerlo. — Y así lo hizo. Sitti Maemuna plantó la fruta; al cabo de algún tiempo creció una nueva planta,

y dió fruto poco después. Sitti Maemuna ordenó a una sierva que lo cogiera y se lo llevara. La sierva le llevó la fruta. Sitti Maemuna la tomó en la mano y la consideró atentamente. Entonces se deslizó una idea en su alma, y le dijo a la sierva: — Dale esta fruta a una gallina; creo que es venenosa. Para averiguarlo, quiero dársela a comer a una gallina. Si la gallina no se muere, entonces también yo comeré estas frutas. — La fruta le fué arrojada a una gallina, y apenas la había engullido, cuando murió. Sitti Maemuna dijo: — Estuvo bien que le hubiéramos dado la fruta a una gallina. Ya sospechaba yo algo así, pues en mi vida he visto una fruta como esa. El árbol debe ser venenoso, y Danga sólo me trajo la fruta para envenenarme. Quería mi muerte. — Y prosiguió Sitti Maemuna: — Esta bellaquería de Danga es demasiado criminal. Merece que lo mate, ya que me quería producir la muerte. — Y Sitti Maemuna dió orden de matar a la cacatúa. Algún tiempo después fué perpetrado un robo en casa de un alto funcionario del sultán. Alguien observó la cosa, dió voces y fué perseguido el ladrón. Fué atrapado, arrestado, cargado de cadenas y llevado ante el sultán. Iba a pronunciarse contra él sentencia de muerte; pero entonces intervino Sitti Maemuna, y dijo: — Padre, no le hagás

ejecutar. Ponle cadenas y amárralo al árbol venenoso. — Así se hizo. El ladrón fué cargado de cadenas, llevado al árbol venenoso y atado allí firmemente. Era justamente la época en que pendían del árbol todos sus frutos; unos maduraban, otros estaban ya maduros, y una gran masa de ellos estaban caídos en tierra. Nadie osaba acercarse al árbol, pues lo tenían por venenoso, y mucho menos hubiera osado nadie recoger una fruta. Cuando llegaron con el ladrón al árbol, lo ataron a él y lo dejaron solo. Vió todas las frutas caídas alrededor del árbol, y percibió un grato y extraño aroma. Entonces anocheció. El ladrón tenía hambre, y como no tenía otra cosa que comer, comió una fruta del árbol. Cuando la hubo consumido, aún no estaba harto; comió otras dos y aun varias más, hasta que por último se sintió satisfecho. Entonces amanecía. De pronto cayeron todas las cadenas del ladrón. Estaba libre, y se dirigió hacia el palacio del sultán. El cual acababa de levantarse, y se quedó muy asombrado al ver al ladrón; pero no le reconoció. El sultán: — Hijo mío, ¿de dónde vienes y cómo se llama tu patria? — El ladrón: — Señor, ¿no me conocéis? — El sultán: — No, hijo mío. — El ladrón: — Soy el ladrón que fué atado ayer al árbol. — El sultán: — ¿Quién te puso en libertad? — El ladrón: — No

lo sé, señor. — El sultán: — Pero, ¡qué cambiado estás! ¿Qué te ha ocurrido? Te has vuelto hermoso, hermoso y bien educado como un príncipe. — El ladrón: — No sé lo que me ha ocurrido; sólo sé que he comido de la fruta del árbol. — El sultán: — Y, sin embargo, ¿no te has muerto? Las frutas son venenosas. — El ladrón: — ¿Cómo podrían ser venenosas? — El sultán: — Sí; la gallina se murió al darle un fruto de ese árbol. — El ladrón: — Señor, depende de esto: cuando el árbol echa su primera fruta, la muerde una serpiente, y el veneno queda detenido en ella. La fruta fué cogida y dada a la gallina. Por eso murió la gallina, por el veneno y no por la fruta. — Cuando Sitti Maemuna lo hubo oído, derramó amargas lágrimas, y se arrepintió en su corazón de haber hecho matar a la cacatúa sin haber averiguado la cosa primero.

La historia vuelve a Mukatile.

Mukatile le dijo al mensajero del sultán:

— Ya has oído la historia. Vuelve a llevarte a los portadores de buyo para que sean oídos primero. Una vez que hayan sido oídos desde el principio al fin, y se haya demostrado que merecen la muerte, entonces vuelve a traérmelos para que los ejecute. Eran los favoritos del sultán y podría arrepentirse.

Maemuru se despidió y se dirigió con los portadores de buyo en busca del tercer verdugo, Mutaine. Cuando hubo llegado a su aldea, fué derechamente a casa de Mutaine. Estaba presente. Mutaine dijo: — ¡Ah! ¿Sois vos, mensajero?

El mensajero: — Sí.

Mutaine: — ¿Qué deseáis? ¿Qué comisión me traéis?

El mensajero: — El sultán me ordenó que os trajera estos portadores de buyo. Desea que sean ejecutados.

Mutaine: — ¿Por qué dió esa orden, ya que, en cuanto yo sé, eran sus favoritos?

El mensajero: — Cometieron un crimen que merece la muerte.

Mutaine: — ¿En qué han delinquido?

El mensajero: — El sultán tiene un amigo, y éstos han ido a su mujer y han querido deshonorarla. Por eso el sultán dió la orden de matarlos.

Mutaine: — ¿Fué averiguado el asunto? ¿Han sido oídos?

El mensajero: — No.

Mutaine: — Pues entonces no quiero ejecutarlos, pues temo a Alá, el justiciero, y, por otra parte, quizá al fin se arrepienta el sultán. Mensajero, quiero contarte una historia.

Mutaine refirió la historia siguiente: — Escú-

chame, mensajero. Una vez era un comerciante prodigiosamente rico. Tenía un perro que le era muy querido, pues era y se portaba lo mismo que un hombre. Si había que traer algo o ir por alguna cosa, en seguida estaba el perro allí, y también se le podía emplear en toda suerte de trabajos. Por eso el comerciante le tenía cada día más cariño. Pero ocurrió entonces que el comerciante tuvo que partir un día en un navío. Y no había nadie en su casa de quien pudiera fiar para que durante su ausencia guardara a su mujer. Pues por muchos servidores que tenía, en ninguno tenía confianza y ninguno era propio para proteger a su esposa. Ésta era sobremanera hermosa y muchos tenían los ojos puestos en ella. Ya antes, en época anterior a su matrimonio, había poseído una figura graciosa, espléndida y atractiva, y ahora, que había recibido como a esposo a un hombre tan rico, mostrábase aún con mayor magnificencia. Todo lo que llevaba sobre su cuerpo era extremadamente precioso: oro, diamantes, esmeraldas y perlas. Los usaba a diario y con ello crecían sus encantos. Las gentes cuchicheaban: — Deja que el comerciante esté de viaje y entonces ya iremos a reclamar nuestra parte de su belleza. — Esto entristecía mucho al comerciante. Un día descansaba sobre sus cojines y

junto a él estaba echado el perro. Entonces el comerciante le miró a los ojos y dijo: — *Mariyo*, tienes el deber de guardar a tu señora, ¿no es verdad? Mira, estoy muy intranquilo a causa de mi viaje, pues no puedo encontrar a nadie que durante mi ausencia pueda proteger y defender a tu señora como yo lo haría, y temo que esto dañe a mi honor. — El perro comprendió lo que decía el comerciante y asintió a ello. Éste se tranquilizó, hizo todos los preparativos, fué a bordo de su navío y partió de viaje. No hacía aún mucho tiempo que estaba ausente, cuando un hombre se acercó a la mujer del comerciante. Su propósito era honesto y, sin embargo, llegó a la meta de sus deseos. El perro quedó profundamente apenado por ello, ya que su señor se había fiado de él, y pensaba entre sí: — Cuando regrese mi señor me matará en seguida, pues no hubiera partido de viaje si no hubiera confiado en que yo guardaría a su mujer, y ahora vino ese bribón y yo no he sido capaz de proteger y salvar el honor de mi amo. — Al cabo de algún tiempo regresó el comerciante. Habían sido favorables sus negocios y le habían producido una hermosa ganancia. Se alegraba de regresar, por ello, y lo aceleró cuanto le fué posible. Un día por la tarde entró en el puerto el navío y echó anclas. La mujer del co-

merciante no tenía sospecha alguna, y, según su costumbre de todo este tiempo, hizo llamar al amante con quien solía pasar las noches. Pero aquel día lo hizo llamar ya por la tarde. Vino en seguida, pues no tenía sospecha del regreso del comerciante. Sólo el perro sabía que su señor estaba de vuelta y que había anclado el navío en el puerto. Pero el comerciante no desembarcó en seguida, sino que pensó: — Mañana, al amanecer, me trasladaré a tierra. — Al romper el día, empaquetó sus efectos, desembarcó y se dirigió a su casa. Cuando estaba delante de la puerta, el perro notó que había venido su señor; corrió al dormitorio de la mujer del comerciante, y de tal modo le mordió al galán en el cuello que lo dejó muerto. La mujer, llena de espanto, huyó de la habitación; mas el perro corrió tras ella, le saltó encima y le destrozó la garganta. Cayó muerta al suelo, con la cabeza apoyada en el umbral. Entonces el comerciante entró en la casa. Vió que el perro había matado a mordiscos a la mujer, buscó al perro y le dió muerte. El comerciante se arrojó sobre el cadáver de su mujer, le abrazó por las rodillas y decía gimiendo: — Este perro fué un malvado. Lo crié, lo protegí y defendí durante largo tiempo, y ahora, en agradecimiento, me aniquiló mi dicha. — Rompió a llorar y se la-

mentaba de la pérdida de su esposa. Después miró en torno a sí, dió vueltas por toda la casa y, por último, llegó a su dormitorio. Entonces descubrió en el lecho aquel desconocido cadáver, que también tenía la garganta destrozada a mordiscos. Se dijo el comerciante: — Vamos, ya veo ahora por qué mató el perro a mi mujer. Había manchado mi honor, se había amancebado con este hombre, había cometido adulterio. Por eso también a él le destrozó la garganta. — Entonces el comerciante lloró más todavía, se lamentó y fué presa de amargos remordimientos por haber perdido a los dos: la mujer y al perro. Exclamó: — Mi perro era realmente un animal fiel. No averigüé el asunto y por eso llegué a convertirme en asesino. Mi perro defendía mi honor.

La historia vuelve ahora a Mutaine.

Mutaine dijo: — Mensajero, ya has oído cómo se hizo asesino el comerciante. Procedió con demasiada precipitación. — Y siguió diciendo: — Mensajero, por eso, vuelve al sultán con los dos portadores de buyo. Que los oiga primero. Si realmente han cometido un crimen merecedor de muerte, entonces los ajusticiaré. Y además otra cosa. Todavía es posible que el sultán se arrepienta, pues eran sus favoritos predilectos.

El mensajero Maemuru regresó junto al sul-

tán de Biladutasenipi; entró en el palacio y se postró ante el sultán. El sultán lo descubrió. El sultán le dijo:

— ¿Por qué vuelves? ¿No han sido ejecutados los portadores de buyo?

El mensajero: — Señor y soberano: vuestro muy obediente siervo os saluda respetuosamente. Estuve en casa de los tres verdugos: en la de Muhalike, Mukatile y Mutaine. Dijeron los tres: — ¿Ha sido debidamente examinado el caso? — Yo les respondí: — No. — Entonces los tres me replicaron: — Antes de que el asunto sea averiguado y oídos los dos acusados, no los ajusticiaremos; y, por otra parte, acaso el sultán acabe por arrepentirse de haber dado esta orden, pues los portadores de buyo, como todo el mundo sabe, eran sus favoritos. — Además me dijeron los tres: — Vuelve con ellos para que el sultán los oiga primero. Una vez que esté hecho esto, si realmente merecen la muerte, entonces vuelve a traerlos y les quitaremos la vida. — Por eso estoy otra vez aquí, señor.

El sultán: — ¿Dónde están los portadores de buyo?

El mensajero. — Están aquí; los he traído conmigo.

El sultán: — Ya que es así, hazlos llamar, a

fin de que sea averiguado el caso y se les tome declaración desde el principio al fin.

Fueron llevados los portadores de buyo, los hijos del pescador. El sultán convocó al consejo imperial y a los más altos dignatarios para realizar una averiguación suficiente.

Reuniéronse todos; estaban presentes las más altas cabezas del consejo y los portadores de buyo ante ellos. Entonces dijéronle al sultán los consejeros: — Nos parece que, si es posible, también debe ser traída la mujer del mercader.

El sultán hizo llamar a la mujer.

La mujer compareció.

El sultán: — Oíd ahora, desde el principio al fin, a los portadores de buyo.

Los consejeros: — El sultán ordena que os oigamos, portadores de buyo. ¿Cuál fué la causa de que se os acuse de haber querido hacer violencia a la mujer del mercader?

Abeduledyumali: — Señores: quien eso afirma, miente. Acaso la ocasión sea la siguiente: habíamos ido a bordo para hacer la guardia. Mi hermano dormía. Ya muy tarde, cuando ya quería romper la mañana, lo desperté, pues me rendía el sueño. Entonces dijo mi hermano: — No quiero levantarme. Para mí no hay nada que signifique más que el sueño. ¿Qué puedo hacerle? —

A pesar de eso, lo desperté otra vez; yo estaba demasiado cansado, pero no osaba dormirme, pues tenía miedo al sultán. Cuando volví a despertarlo otra vez, no logré otra cosa sino que se enojara. Le dije: — Hermano, no hagas eso. El sultán nos presta su confianza y nos dió este encargo, y por eso no quiero dormir, a no ser que haya alguien que me sustituya en la guardia. — Además le dije: — Hermano, tal como tú procedes sólo se portan las gentes villanas, y bien puedo creer que no lo somos; no, somos de noble ascendencia, tanto por parte de padre como de madre. La divinidad quiso humillarnos; por eso nos encontramos en esta posición. Y, además, tú precisamente has sido causa de que la tórtola nos acusara ante Alá y le rogara que nos separara unos de otros. Llorabas porque querías jugar con las tortolitas. Entonces dijo nuestro padre: — ¿Por qué gritas pidiendo las tórtolas? — Pero tú no callabas, y entonces nuestro padre trepó al árbol y te bajó los polluelos. En aquel momento regresó la tórtola madre. Y en su dolor invocó a Alá, el altísimo, y le rogó que permitiera que padre, madre e hijos fuéramos separados unos de otros. Alá escuchó el ruego. El deseo fué realizado. Fuimos separados. A nosotros dos nos arrebató el pescador; un tercer miembro de la familia fué raptado por un

comerciante y el cuarto vaga perdido por el mundo; nadie sabe adónde ha ido a dar, si vive aún o si está muerto.

Los consejeros: — ¿Quién fué arrebatado por el pescador? ¿Quién fué raptado por el comerciante? ¿Quién vaga perdido por el mundo?

Abeduledyumali: — Un pescador nos robó a nosotros, los dos hermanos; el comerciante arrebató a la madre, y el padre vaga perdido por el mundo. Nadie sabe qué ha sido de él: si vive aún o si está muerto. Esto, señores, se lo refería yo a mi hermano, y entonces salió a nuestro encuentro la mujer del mercader; nos abrazó, llorando y gritando.

Mientras hablaba Abeduledyumali, el sultán ni una sola vez había alzado los ojos. Mantenía siempre la cabeza caída hacia el suelo y lloraba silenciosamente.

Cuando hubo acabado Abeduledyumali, dijeron los consejeros: — En vista de esta declaración queremos carearos con la mujer del comerciante. Fué hecho así.

Los consejeros dijeron a la mujer: — Te interrogamos para saber si es verdad lo que ha dicho el portador de buyo. ¿Eres tú la mujer que, como ellos afirman, salió junto a ellos y los abrazó?

La mujer: — El portador de buyo dice verdad.

Sí, yo soy la mujer; yo soy su madre. Yo soy la mujer de quien dijo que había sido robada por un comerciante.

Entonces el sultán alzó la vista repentinamente, corrió hacia ellos y los abrazó, a la esposa y a los hijos. Y lloraron todos reunidos: el marido, la mujer y los hijos.

El sultán exclamó: — Yo soy vuestro padre. Pues aquél de quien dijisteis que vagaba perdido por el mundo, soy yo.

De este modo Alá, el justo, los reunió otra vez por haber oído el segundo ruego de la tórtola. El padre, la madre y los hijos celebraron con júbilo su feliz encuentro. Durante mucho tiempo tuvo el sultán el cetro; después hizo proclamar a su hijo mayor, a Abeduledyumali; fué su sucesor en la soberanía del imperio de Biladutasenipi. Abeduledyumali fué proclamado sumo sacerdote. El padre no quería ya gobernar. Era demasiado viejo.

Aquí termina la historia de la tórtola y del sultán Indyilai.

Quiera Alá, el altísimo, que todos los que lean esta historia o la oigan referir, obtengan de ella el debido provecho. La tórtola no era precisamente una tórtola vulgar; era un santo. Se había convertido en tórtola para imponer al sultán Indyi-

lai esta prueba; pues había observado que el sultán no realizaría la misión que Alá, el altísimo, le había asignado, si él, el santo, no lo sometía a esta prueba. Por esto se había dejado aprisionar en forma de tórtola.

Intaha, se ha acabado.

VIII

LA LEYENDA DE KALANG

(De la isla de Java. Los kalang se distinguen de los javaneses por su pequeña estatura y tez negruzca.)

Aparecen en mi relato:

Prabu Mundingkawati, príncipe de Galuh.

Tyelenggumalung, jabalina, madre de Devi Sepirasa.

Devi Sepirasa, hija de Tyelenggumalung, dama de corte, desterrada más tarde, y esposa de Blangwayungyang.

Blangwayungyang, perro.

Raden Suwungrasa, hijo de Blangwayungyang y de Devi Sepirasa, cazador, matador de su padre, constructor de obras hidráulicas, casado más tarde con Devi Sepirasa, bajo el nombre de Ki Gede Temu-ireng.

Un ermitaño.

Un árbol Gebang.

Trenggiling-mentik, un ser muy pequeño,
pero con un corazón muy grande.

Y si habéis aprendido estos nombres,
y encontráis en ello contento,
y queréis saber lo ocurrido,
leed lo que escribió en otro tiempo

Mas Mangundikrama en los siguientes términos:

En tiempos muy antiguos, hace ya muchísimo tiempo, vivía una vez un príncipe que señoreaba el imperio de Galuh, y se llamaba Prabu Mundingkawati.

Un día salió el príncipe de caza y se dirigió al bosque para matar corzos, ciervos y otros animales silvestres. Le acompañaban todos los altos dignatarios de su imperio y la más alta nobleza. Llevaron un gongo consigo y gran abundancia de buenas cosas para comer y beber.

Cazaron todo el día, desde la mañana temprano hasta entrada la noche, pero no encontraron ni una sola pieza de caza; de modo que el príncipe tuvo que volverse a casa sin haber logrado sus deseos.

Entonces encontró una gran nuez en medio del bosque. La partió por la parte superior y comió su carne. Y la cáscara vacía le sirvió de bacinilla.

Y cuando la hubo utilizado, siguió adelante con su escolta y regresó al palacio. Cuando el príncipe estaba ya fuera del bosque, irrumpió por medio de la maleza una jabalina que se llamaba Tyelenggumalung.

Fatigada de haber sido perseguida, agotada, casi muerta de sed, anhelaba agua que beber. Llegó al lugar donde había descansado el príncipe, encontró allí toda suerte de restos y también la bacinilla llena hasta los bordes.

En menos que se dice se bebió aquella agua, y al cabo de pocos días sintió señales de embarazo.

Pasados nueve meses, echó al mundo una muchachita; era un ser humano, soberanamente bello, y de él brotaba un resplandor centelleante, más claro que el de la luna.

Vivió y se crió en el bosque; las Dewas le fueron favorables y le dieron el nombre de Devi Sepirasa.

Las ninfas celestes, las Widadaris, la proveyeron de todo lo que necesitaba para vivir. Pasaron así siete años, y la madre no supo nunca que las Dewas, por medio de las Widadaris, cuidaban de su hija.

Cuando la muchachuela tuvo siete años, pudo ya cuidar de sí misma.

Buscaba su comida en el bosque y se alimentaba de frutas y cortezas tiernas.

Fué pasando el tiempo y llegó la hora en que tuvo que saber que era una moza. Y un día abrazó a la madre y le preguntó:

— Dime, madrecita, ¿no es extraño que sea yo un ser humano? ¿Cómo es posible que seas tú una jabalina?

La madre respondió entre llanto:

— Querida hija, eso depende de los inescrutables designios de los dioses, que me han dado una hija como tú —. Y en seguida, Tyelenggumalung le contó, desde el principio al fin, lo que le había pasado.

Después de este relato apoderóse de la moza el sentimiento de que tenía que ser progenie de un príncipe. En el mismo momento se despidió de su madre, para ponerse al servicio del príncipe.

De nada sirvió cuanto quiso exponerle su madre para hacerla renunciar a este plan; se puso en camino.

Cuando la moza fué recibida en palacio, le preguntaron por qué se había presentado y qué motivos la habían llevado allí.

Con todo respeto dió a conocer el asunto en pocas palabras, y el príncipe quedó convencido de que era hija suya.

La reconoció por hija, la recibió en su palacio y la puso bajo la tutela de la princesa madre, para ser instruída en los usos y maneras de las damas de Corte.

Cuando los adivinos hubieron oído que el príncipe había tomado por hija adoptiva a aquella moza que había sido parida entre malezas por la jabalina Tyelenggumalung, determinaron tratar incidentalmente de aquella cuestión en la primera audiencia.

— Si es, realmente, verdad — le dijeron — el que Vuestra Alteza ha tomado bajo su protección a la hija de una jabalina, tiene que pensar Vuestra Alteza que, más pronto o más tarde, se seguirá de ello un incalculable mal para el imperio. Lo mejor será que Vuestra Alteza la confine en el bosque, pues el daño que se originará de su permanencia aquí no se puede conocer todavía.

Entonces, el príncipe le dió a su visir la comisión de que en el bosque de Simpar hiciera construir una alta empalizada que debía cerrar el lugar donde iba a ser desterrada la princesa.

Fué dispuesto y preparado lo preciso para el viaje, y también lo que pudiera necesitar después: una rueca, un molinillo de mano y un telar.

Además mandaron hacer para ella una yacija, donde podía sentarse y dormir.

Cuando todo estuvo hecho, el visir llevó a la princesa al lugar de su futura residencia.

Al llegar allí, en el momento en que el visir quería abandonarla, prorrumpió ella en un amargo llanto.

Rogó y suplicó para que quedaran con ella y no la dejaran solitaria en el bosque, o, por lo menos, que la permitieran tener alguien que compartiera con ella la soledad.

El visir no fué capaz de oponerse a ello; los ruegos y súplicas lo vencieron.

Tenía un perro al cual tenía mucho cariño. Tenía la piel castaño-clara, de un raro resplandor. Era ya grande y crecido; tenía la lengua negra y una bien poblada cola.

Este perro se llamaba Blangwayungyang.

El visir se lo regaló a la princesa para que le hiciera compañía en el bosque. Había en sus ojos un extraño poder. Pues apenas el perro había descubierto una pieza de caza, o la pieza de caza lo había atisbado a él, cuando, por muy fogosa que fuera, no podía moverse ya del sitio, deslumbrada por el resplandor de los ojos del perro. Sólo necesitaba mirar a los animales para que se le rindieran sin voluntad.

Entonces quedó abandonada a sí misma la princesa, y el visir regresó a la Corte, para dar

cuenta al príncipe de su misión; la princesa estaba en el bosque, entregada a la voluntad de las Dewas, todo el día dentro de casa, ocupada en tejer telas de lino, combinando unas con otras las listas blancas y negras.

Un día, estaba la princesa tejiendo en su guardillita, y se le escapó de las manos la lanzadera, saltó por la ventana y cayó entre la espesura.

— Quien vuelva a traerme mi lanzadera — dijo en voz alta —, si es hombre, se casará conmigo, y si es mujer, será como si fuera mi hermana.

Blangwayungyan hacía precisamente la guardia bajo la ventana, y oyó las palabras.

Cogió entre los dientes la lanzadera, saltó con ella al alféizar de la ventana y se la presentó a la princesa.

La princesa se espantó mucho; pero puso a mal tiempo buena cara, hizo como si se alegrara de ver al perro, y exclamó:

— Gracias a Dios. Y también gracias a ti por habérmela encontrado. Te lo digo con todo mi corazón. Bien se ve en esto que eres mi favorito, Blangwayungyang. Muchas, muchas gracias. Y ahora, vuélvete otra vez abajo.

Sí, sí; la princesa habló muy bien, pero no hubo manera de hacer salir a Blangwayungyang del cuarto.

Se tendió en el suelo e hizo como si durmiera. Cuando vino la noche, Blangwayungyang exigió a la princesa el cumplimiento de su promesa; pero ella se volvió del otro lado y se durmió.

Y no notó que era poseída por Blangwayungyang, hasta que de repente despertó, espantosamente asustada.

Se levantó, cogió la premidera y apaleó fuertemente a Blangwayungyang, el cual saltó por la ventana de la guardilla y cayó a tierra, donde quedó sin sentido.

Estaba muy irritada, pero fué tranquilizándose poco a poco, y consideró lo ocurrido como disposición de las Dewas. También sintió compasión por Blangwayungyang, cuando consideró que los dos tenían que vivir tan solos en el bosque, y siempre le había hecho fiel compañía.

Lo roció con agua y le lavó las heridas que le había hecho.

Y recobró el sentido poco a poco.

Al cabo de algún tiempo advirtió la princesa que estaba embarazada, y cuando hubieron pasado nueve meses, dió a luz un niño de muy lindo aspecto y que recibió el nombre de Raden Suwungrasa.

Cuando Raden Suwungrasa tuvo ocho años, iba todas las mañanas a cazar corzos y ciervos, y

su único acompañante, que tan bien desemboscaba la caza, era Blangwayungyang.

Raden Suwungrasa iba de caza todas las mañanas; la carne que traía se la daba a su madre, ésta la cocía o la asaba y después era comida. Pasó así largo tiempo.

Por último, los animales del bosque, búfalos, rinocerontes, elefantes, etc., no quisieron ya consentir aquello.

Convocaron una reunión y plantearon en ella la cuestión siguiente: — ¿Cómo podemos consentir que nos mate el perro Blangwayungyang?

— Vosotros mismos debéis comprender que la cosa no puede continuar así. Mientras ese bribón conserve la vida, ningún animal del bosque puede descansar una vez tranquilamente. ¿Quién quiere hacerlo? El que nos deshaga de él, será elegido rey de los animales; entiéndase bien, de todos los animales; será colocado sobre un elefante y llevado con gran pompa por todos los ámbitos del bosque.

Mas entre los animales grandes no se encontró ninguno que estuviera dispuesto y se declarara preparado para acabar con el perro, pues sus ladridos y sus mordiscos eran temidos de todos; hasta que, finalmente, alguien indicó como pro-

pio para la ejecución del hecho a Trenggilingmentik, el ciempiés.

Sí; éste quería encargarse de hacerlo. Pero tenían que asegurarle incondicionalmente que, en el caso en que lograra realizar su intento, sería, en realidad, proclamado rey de todos los animales.

Declararon por unanimidad que sería elegido rey sin reservas; mas cada uno se sonreía calladamente, pensando para sí: «Imaginaos qué rey; ¡un animalito tan pequeño con tan gran corazón!»

Pero fuera como quisiera, cada hombre no debe tener más de una palabra; no os alborotéis; llegó a ser realmente rey.

Trenggilingmentik fué hacia la casa para comenzar sus preparativos. Se introdujo en un agujero de uno de los postes de la casa de la princesa, que había sido erigida dentro de la empalizada, en el bosque de Simpar.

Blangwayungyang notó muy bien que había un espía en uno de los pies derechos de la casa, y trataba de atraparlo a cada momento, pero no lograba hacerlo, porque el agujero era demasiado pequeño.

Sólo podía ladrar cada vez que Trenggilingmentik volvía a excitar su cólera de nuevo.

Tan pronto como cesaban los ladridos, Trenggiling-mentik se dejaba ver, y cuando el otro quería atraparlo, se deslizaba a toda prisa por el agujero y se hacía un ovillo allá dentro, de modo que Blangwayungyang ni siquiera lograba verlo.

Los ladridos duraron toda la noche.

Blangwayungyang no cerró ojo; permaneció incommovible en su puesto, pues así guardaba a su mujer y a su hijo.

Cuando comenzó el nuevo día y se levantó Raden Suwungrasa, parecióle a éste que Blangwayungyang no ladraba a otra cosa sino al pie derecho de la casa.

Miraba por aquí, miraba por allí, metía en todas partes su nariz, olfateaba acá, olfateaba acullá, pero no descubría nada. Y Raden Suwungrasa tuvo que pensar que se había vuelto loco.

Después lo cogió y quiso llevarlo consigo para ir de caza, pero no había manera de arrancar al perro de aquel sitio; permaneció donde estaba.

Tiró de él muchas veces; después trató de persuadirlo, pero se aferró tercamente a su negativa y siguió donde estaba. Le dijo a Raden Suwungrasa:

— Muchacho, no trates de convencerme para que deje la casa, pues hay un espía en ese poste.

Raden Suwungrasa no dijo nada, pero le pu-

so una cadena al cuello y lo arrastró tras sí con todas sus fuerzas.

Cuando estuvieron en el bosque, dejó libre al perro a fin de que ojeara la caza, pero ni una sola pieza fué levantada. El perro permaneció inmóvil y pidió volver a casa, ya que estaba preocupado por la mujer y el hijo.

Entonces Raden Suwungrasa se puso tan furioso que sacó su cuchillo, dió una cuchillada en el cuello del perro y, ris ras, le segó la cabeza.

En seguida le arrancó el corazón y se lo llevó a su madre, pero dijo mentira al contarle que era el corazón de un ciervo.

Fué recibido como tal, y aderezado y cocido de la habitual manera.

Cuando la madre estaba muy ocupada probando un pedacito, le preguntó el hijo qué tal sabía, y ella le respondió que sabía muy bien y que bien era de notar que era un corazón de ciervo.

Entonces Raden Suwungrasa le dijo que era un corazón de perro, y, a la verdad, el corazón de Blangwayungyang. Dijo que le había cortado el cuello porque estando de caza, al querer que le corriera las piezas, se había negado a hacerlo.

La madre se enfureció y dió grandes voces; escupió la carne que tenía en la boca, y le dió a

su hijo un golpe en la cabeza con el cántaro, gritando, fuera de sí:

— Era tu padre; ese perro era tu propio y auténtico padre.

La carne que arrojó al suelo se trocó en miseria; aún hoy, con el nombre de Tyandi Situma, hay un lugar al oeste del patio de Simpar, rodeado de árboles en otro tiempo, que hierve de piojos.

El cadáver de Blangwayungyang se convirtió en un árbol de Gebang.

Cuando Sang Suwungrasa hubo oído que era hijo de perro y comprendió que con ello había echado una indeleble deshonra sobre sí, se retiró precipitadamente. Huyó del bosque de su madre; vagó por el contorno y, finalmente, para mortificarse, se estableció en un desierto; y al correr del tiempo avanzó tanto en su penitencia que pudo conversar con los espíritus, los cuales eran para él como amigos y compañeros.

Los diversos Panditas eran sus maestros.

Dewi Sepirasa estaba muy apurada después de la desaparición de su hijo.

Blangwayungyang estaba muerto; su hijo, desaparecido; sólo la fragosa selva que la rodeaba era lo que le había quedado.

Por eso se marchó de su bosque y decidió di-

rigirse a un Pandita que tenía gran fama de adivino. Así llegó al eremitorio de Ki-adyar ni Gunung-Padang.

Cuando el ermitaño le preguntó qué deseaba de él, respondió que iba en busca de su hijo. El Pandita le explicó que, en ese caso, tenía aún que esperar algunos días, pero que después encontraría a su hijo, y el ermitaño podía saberlo muy bien como profeta.

La princesa permaneció allí en toda obediencia.

No mucho después — habían pasado justamente los días de que le había hablado el Pandita — recibió una visita el ermitaño. Era un mancebo que le rogó que lo recibiera como discípulo.

A preguntas del santo hombre refirió que procedía de Wana Simpar, y que se llamaba Raden Suwungrasa. La madre reconoció en el mancebo a su hijo.

Quería volar a sus brazos, pero el Pandita la detuvo. Por el momento fué preciso conformarse, y no tuvo lugar el encuentro.

Raden Suwungrasa había notado en seguida que el Pandita tenía consigo una moza, y, llegada la ocasión, dijo algunas palabritas para hacer saber que le gustaría tomarla por mujer.

El santo hombre objetó que primero tenía que

tratar con la princesa, aunque sabía muy bien, gracias a su comunicación con el espíritu, que ve lo futuro, los infortunios que debía tener como consecuencia este amor.

Después, cuando habló con la princesa acerca de este matrimonio, manifestó ella redondamente que no quería contraerlo, pues había visto que el mancebo era su propio hijo. Para llevar la conversación por otro camino, el Pandita le dió el siguiente consejo:

— ¿Sabéis una cosa? — le dijo — Si realmente no os sentís inclinada hacia el mancebo, ponedle como condición preliminar para el matrimonio una cosa que sea imposible que la resuelva.

Dicho y hecho. La princesa le puso la siguiente condición: Si Raden Suwungrasa puede construir un dique sobre el río Senggarung y además una barca, y todo ello queda terminado en una única noche, entonces quiero ser su mujer. El encuentro del novio y la novia debe verificarse en la barca recién construída, en medio del río Senggarung y necesariamente antes de que aparezca la primera luz del día.

El Pandita se alegró mucho con ello — su astucia tenía que triunfar — y le comunicó a Raden Suwungrasa el trabajo que le había impuesto la princesa.

Raden Suwungrasa se sintió seguro de sus fuerzas y respondió que todo sería hecho como deseaba la princesa.

Pronunció sus palabras mágicas, y de repente aparecieron todos los espíritus de la isla de Java para ejecutar lo encargado.

Justo a media noche estaban hechos el dique y la barca.

El río tenía aún una estrecha abertura, por la cual fué pasado el bote para ser echado al agua.

Cuando notó la princesa que el trabajo se acercaba a su término, fué en busca del Pandita.

— Venerable señor — díjole angustiada, con ojos llenos de lágrimas — ¿cómo es eso posible? El trabajo que le puse como condición está completamente realizado. La barca está hecha. El dique, casi cerrado. Las piedras que deben cortar el curso del río están ya dispuestas. Buscad un medio, venerable señor, para impedir la terminación. Pues, crédmelo: Raden Suwungrasa es realmente mi hijo. Cuidad de que el matrimonio no pueda llegar a realizarse.

El eremita tuvo lástima de la princesa, y le dijo:

— Está bien; tráeme alguna corteza del árbol de Laban.

La princesa se la trajo.

Entonces masticó el ermitaño la corteza, murmuró un conjuro y escupió en cuatro veces la corteza masticada.

Y he aquí que, a consecuencia de la potencia mágica del eremita, apareció de repente, siendo aún de noche, el sol por el medio de las nubes y expulsó a los espíritus que habían ayudado a Raden Suwungrasa en su trabajo.

Cuando Raden Suwungrasa vió cómo tomaban la huída, también puso él pies en polvorosa y se dirigió hacia el Este, pues el trabajo de la princesa no podía ser llevado a término. Se estableció en el bosque de Temu-ireng, apartóse de todos y oró fervorosamente para que pudiera aún serle otorgado el ser esposo de la princesa.

Después que hubo desaparecido su hijo, también Dewi Sepirasa se despidió del Pandita; según le dijo, para seguir sus huellas.

El eremita le dió su bendición, y ella se puso en camino.

Al cabo de muchas vueltas por el país, a diestro y siniestro, también ella llegó a Temu-ireng. Encontró a Raden Suwungrasa, pero no lo reconoció; tampoco Raden Suwungrasa sabía que estaba en presencia de su madre.

Y ahora cuenta la historia que fueron marido y mujer y muy felices. Tuvieron tres hijos: Ra-

den Lembumangutur, Raden Lembu-peteng y Raden Lembu-limunan. Y como ya he dicho, éste era un matrimonio como sólo con dificultad podría imaginarse uno más perfecto.

Pero un día estaban despiojándose mutuamente, estaban muy afanosos en su tarea, cuando, de repente, la princesa notó una pequeña cicatriz en la frente de su marido.

Se apoderó de ella una sospecha espantosa: «¿No seré acaso la esposa de mi propio hijo?» Retiró los dedos de los rizos de Suwungrasa y se sumió en un dolor desesperado.

— Querida mujer, ¿qué te sucede? — preguntó él ansiosamente — . Te has quedado inmóvil de repente.

— ¡Oh! No tomes a mal que te haga una pregunta — respondió ella — ; pero dime toda la verdad. Tienes una cicatriz en la frente. ¿De qué procede?

— ¡Ay! — respondió el marido — . Me la hizo mi madre, Dewi Sepirasa; me dió una vez un golpe con un cántaro, porque la engañé con un corazón de perro que había traído de la caza, haciéndola creer que era un corazón de ciervo. Después me escapé y me establecí aquí con el nombre de Gede Temu-ireng, pues tenía mucho miedo de que mi madre volviera a encontrarme.

— Vamos, vamos. Y ¿dónde podrá estar tu madre? — preguntó la princesa.

— Me figuro — repuso el marido — que hará ya tiempo que la haya pillado un tigre; pues la dejé completamente sola en el bosque, y en el bosque hay muchas fieras.

En seguida prorrumpió en grandes gritos la princesa, se arrojó al suelo, se clavó las uñas en el pecho y gimió:

— ¡Oh! Dewa Jang Dyagad, ¡de qué modo tan espantoso, de qué modo tan cruel, determinaste mi vida en medio de todas estas desventuras! ¡Y hasta tengo que reconocer ahora que he llegado a ser la mujer de mi propio hijo!

Ki Gede-ireng se espantó; pero aun no comprendía realmente de lo que se trataba. Y preguntó:

— Pero dime, ¿por qué estás llorando?

— Hijo mío, Temu-ireng — se lamentó ella —, sabe que yo, que estoy aquí tirada en el suelo, soy tu propia madre. La que te dió el golpe con el cántaro fuí yo. De mí procede la cicatriz por la cual tengo ahora que reconocerte como mi propio hijo. Comprenderás ahora que en ningún caso podemos seguir viviendo juntos más tiempo. Lo mejor será que te abandone. Quiero hacer penitencia sobre la montaña e implorar el perdón de

las Dewas. Pero antes de que me vaya, oye mis últimos deseos. Cuando me haya marchado, cuida de que nuestros hijos, y, en lo porvenir, los hijos de nuestros hijos, cuando dispongan un banquete ritual de arroz y carne, no sirvan en seguida los manjares en los platos de bambú, sino que primero lleven una fuente de ellos al dormitorio y viertan sobre ella ceniza fina del hogar; que cubran después la fuente con un hermoso paño blanco, y, al cabo de un rato, cuando se note en la ceniza las huellas de la pata de un perro, les será lícito presentar los manjares a los huéspedes, y pueden comenzar el banquete. Si celebráis una comida ritual, una *hadijat*, cuando se case uno de nuestros hijos o nietos, y degolláis un búfalo, una vaca, una oveja o un animal semejante, cuidad entonces de que la cabeza del animal degollado sea sahumada y adornada con flores. Tan pronto como lleguen los primogénitos varones y hembras de la familia, entonces los primogénitos que han preparado la fiesta y el banquete ritual tienen que celebrar con los recién llegados la ceremonia del *liru sambut*; el señor de la casa tiende la mano a la primogénita femenina de la familia, que viene como huésped, y la señora hace lo mismo con el primogénito masculino. Después, cogidos de la

mano, se dirigen hacia el lugar donde está colocada la cabeza del animal sacrificado. Allí ejecutan siete veces el *sembah* ante la cabeza, y tan pronto como ha sido hecho, puede cada cual sentarse a comer y beber y sigue todo su curso habitual. Cuando haya fallecido alguien, debéis fabricar un muñeco de madera lo más semejante posible al fallecido. Lo vestiréis lo mismo que, durante su vida, iba vestido el muerto. El muñeco, vestido, lo colocaréis en la yacija del muerto y le presentaréis manjares como ofrenda, arroz, carne y agua caliente, según bien os parezca. Estas ofrendas tienen que permanecer allí cuarenta días, y sólo puede cambiárselas cuando comiencen a oler mal. Cuando hayan transcurrido los cuarenta días, entonces quemad el muñeco hasta que se convierta en ceniza y repartid ésta para que sea usada como protección y defensa. Si el muerto era rico, la cremación del muñeco debe ser hecha con solemnidad, deben sonar gamelas, y los amigos y parientes deben ser invitados al acto.

Después que Dewi Sepirasa hubo manifestado así sus deseos, alejose de aquellos lugares y se estableció como penitente en la cascada de Siputri, en el río Pedes. Permaneció allí hasta el término de sus días.

Después fué recibida entre los espíritus.

Cuando hubo partido la madre, abandonó Ki Gede Temu-ireng su vivienda y fundó con sus tres hijos la colonia de Wana-Kalang en el territorio de Tyomal, de la cual, en el transcurso del tiempo, se originó la Desa Kalang.

La Desa fué dividida más tarde. Cada parte recibió su jefe propio: los Kelang-wetan y los Kelang-kulon. En general, nacían hombres hermosos en estas Desas, pero todos estaban señalados: en todos ellos sobresalía el coccis como la longitud de un pulgar y semejaba un rabo.

También adquirieron una costumbre que, en realidad, hay que tener por muy inmoral: padres y consanguíneos contraían matrimonio con los hijos, y vivían en promiscuidad, como es uso entre las bestias.

Pero volvamos otra vez a nuestro relato.

Sang Treggiling-mentik, el ciempiés, fué proclamado rey de los animales después de la muerte de Blangwayungyang, y fué paseado por todas partes sobre el elefante, con un gran séquito de todos los animales, grandes y pequeños.

Cuando el cortejo llegó bajo el árbol de Gebang, que había nacido del cadáver de Blangwayungyang, el árbol vino a tierra sin que nadie supiera el motivo.

Cayó sobre el elefante, que se encabritó. Trenggiling-mentik rodó al suelo y fué aplastado por el elefante.

Todos los animales se escaparon de allí, y juraron que su posteridad jamás osaría acercarse a un árbol de Gebang o buscar abrigo bajo él.

De aquí nace la costumbre de que, cuando hay que hacer noche en el bosque, se teja una cinta de hojas de Gebang para ceñirse el cuerpo con ella y extenderla por el lugar donde se echa uno a dormir.

Y con esto se acabó la historia.

IX

EL PRÍNCIPE Y LA PRINCESA

(De la isla de Timor.)

Cierta vez un príncipe hizo una excursión náutica en un día muy hermoso. Primero fué con su barca a la desembocadura de un río y de allí salió al mar. Y el príncipe había llevado consigo su caña para pescar en el mar. Y cuando estuvieron en alta mar, arrojó el anzuelo. En las fuentes del río habitaba una princesa que estaba acostumbrada a lavar su cabellera en el río. Pero su cabellera era tan larga que llegaba hasta el mar. Y así, dió la casualidad que la cabellera de la princesa se enganchó en el anzuelo del príncipe. Ordenó por eso que volvieran atrás y remontaran el río con su nave para desenredar los cabellos de la princesa.

La barca remontó inmediatamente el río has-

ta su origen. Allí se apoderaron de la princesa y de una sierva. La mayor parte de las otras siervas se escaparon y corrieron junto al rey para referirle que la joven princesa había sido raptada.

Cuando oyó el rey que su hija había sido hecha prisionera, hizo sonar gongos y tambores convocando a sus súbditos para que buscaran a la princesa.

Mucha gente siguió la ruta de la hija del rey, y aun llegó a ver cómo el navío se internaba en el mar. Las gentes volvieron otra vez junto al rey y le dijeron que el navío había vuelto a internarse en el mar. — Y por eso, señor rey, vuestros esclavos no pueden seguir en su persecución.

El príncipe llevó consigo a la princesa y la hizo su mujer. Mas el navío no volvió a acercarse a tierra, sino que permaneció aún en el mar.

Un día, quizá en el momento de la puesta de sol, la princesa le dijo a su servidora que fueran sobre cubierta para echar un vistazo al mar. Entonces la sierva arrojó al agua a la princesa, pero no se fué a fondo, sino que pudo agarrarse en la quilla del navío. Mas entonces vino nadando un gran pez y sorbió los dos ojos de la princesa.

Y la sierva fué a la cámara de la princesa, púsose sus trajes y se tendió para dormir en el lecho de la princesa.

Cuando hubo venido la noche y fué ya la hora de comer, ordenó el príncipe que trajeran la comida de la princesa. Le llevaron, por lo tanto, su cena y pusieron todo en la mesa. La falsa princesa ordenó a los servidores que se retiraran; quería comer; pero no quería hacerlo en presencia de tanta gente, pues temía descubrir su rostro y su faz, que era completamente negra. Ocurrió lo mismo un día tras otro, hasta que el navío regresó a la patria del príncipe.

Apenas estuvo anclado el navío, cuando echaron al agua una canoa para llevar a tierra a la princesa, que no era en realidad la princesa, sino su servidora.

Pero la gente creía que era realmente la princesa. Por eso acompañaron a la sierva, la llevaron al palacio del príncipe y la introdujeron en una magnífica cámara. Permaneció allí día y noche, recibiendo siempre los más delicados alimentos.

No obstante, aun vivía la joven princesa que había sido arrojada al agua; mas sus ojos eran ciegos. No se había soltado de la quilla del navío. Y cuando oyó que el navío resbalaba sobre la arena, pensó que se había ido al fondo. Palpó con los pies, buscando la arena. Al hacerlo, tropezó con una gran roca. Se encaramó sobre ella,

volvió a bajar por el otro lado, y siguió sintiendo bajo sus pies la arena. Una vez en seco, siguió a tientas su camino y llegó a un lugar, junto al río, donde la hierba crecía muy espesa. Se metió entre la hierba, y como tenía gran hambre cogió hojas y tallos y comió lo que le vino a la mano. Cuando había sido arrojada al mar estaba embarazada. Y ocurrió que después de su salvamento echó al mundo, entre la hierba, un hijo, que tenía una estrella en la frente. Ella no crió a su hijo más que con hierbas, y creció y prosperó y se hizo un hermoso mancebo.

Ahora bien, el lugar donde vivían no estaba lejos del palacio del rey. El hijo de la princesa jugaba diariamente junto al palacio. Y como una vez viera un insignificante trozo de hierro, lo cogió y lo escondió. Lo forjó e hizo de él un anzuelo. Y cuando el anzuelo estuvo terminado, buscó algunos cabos de cuerda, se los metió en el bolsillo y en casa los anudó unos a otros e hizo un sedal con ellos.

Después cogió el sedal y le ató el anzuelo. Y cuando hubo logrado hacer esto, se puso en marcha para pescar con el anzuelo y atrapar peces. Se los trajo a su madre. Parte de ellos quedaron allí, otra parte la vendió para comprar eslabón y yesca. Pues hasta entonces aún no habían podido

encender fuego. También compró un puchero para poder preparar la comida. Cuando hubo terminado sus compras, volvió junto a su madre al sitio silvestre en que habitaban.

Le dejó aquellas cosas diversas y siguió adelante para buscar una cueva donde pudieran vivir juntos. Yendo de un lado a otro, descubrió una gran gruta. Dispúsola de un modo bello y habitable y dirigióse otra vez adonde estaba su madre, cogió el puchero y los peces, los llevó a la gruta y dejólos allí. Entonces regresó otra vez junto a su madre, la guió hasta la gruta, y cuando los peces estuvieron cocidos, los comieron reunidos.

A la otra mañana volvió a salir al mar de pesca, y regresó con muchos peces. Parte de la pesca la dejó allí y la otra se la vendió a los ricos de la aldea. Con el producto compró hermosas telas y agujas e hilo. Todo se lo llevó a su madre a la gruta. Mas ella no podía coser, pues sus ojos seguían siendo ciegos. El mozo pensaba que acaso aun estarían los ojos de su madre en el buche del pez, y le dijo a la madre:

— Quiero comprarme un gran arpón y una cuerda larga y tratar de coger al gran pez. Me parece que aún tiene tus ojos en la panza.

Cuando hubo dicho esto, escogió un tronco

grueso. Lo vació y se hizo de él un bote. Después coció gran cantidad de comida, arroz y peces, que quería llevar consigo en su viaje en busca del gran pez que había sorbido los ojos a su madre. Cuando todo estuvo preparado, arrastró el bote hacia el mar y vogó hacia el paraje donde el agua era más profunda y más negra. Pasaron seis días antes de que apresara al pez que había sorbido los ojos de la madre. El gran pez se tragó el anzuelo y arrastró el bote detrás de sí durante gran trecho, hasta que se le acabaron las fuerzas. Entonces el joven le dió muerte. Entonces se puso a cabilar cómo debía hacer para volver con el pez junto a su madre. Pensó durante algún tiempo, y acabó por atarlo firmemente a su bote. Y remó hacia tierra. Cuando hubo llegado a la orilla, subió al pez y lo arrastró hasta la gruta delante de su madre. Allí le abrió el buche y encontró los ojos de su madre, que estaban aún muy bien conservados.

Los cogió en la mano y le dijo a su madre:

— Madre, aquí están tus ojos.

La madre respondió:

— Hijito mío, ya sé que me cuidas mucho y trabajas fielmente para mí y por eso has ido en busca de mis ojos.

El mancebo repuso:

— Querida madrecita, guarda con cuidado tus ojos; yo voy a comprar una medicina para limpiarlos.

Y la madre respondió:

— Bien, hijo mío.

Por lo tanto, quería ir a comprar la medicina. Encontró a un hombre y le preguntó:

— Eh, amigo mío, ¿tiene usted alguna medicina para que vuelvan a ver claro los ojos enfermos?

El hombre dijo:

— Hay gran abundancia de tal medicina, pero la botella cuesta medio escudo.

Entonces preguntó el joven príncipe:

— ¿Pero una botella grande?

El hombre respondió:

— Sí; una botella grande.

Entonces dijo el príncipe:

— Está bien, vayamos por la medicina.

Y los dos siguieron adelante. El príncipe compró una botella grande de la medicina y volvió con ella junto a su madre. Lavó y limpió con aquel producto los ojos maternos y se los colocó. La madre dijo:

— Lávalos aún un poquito más, están todavía un poco turbios.

El mancebo se los volvió a quitar, los lavó,

los dejó preciosamente limpios y se los volvió a dar a su madre:

— ¿No es verdad, madrecita, que ahora están claros?

Y la madre respondió:

— Sí; ahora están muy limpios — y le habían quedado tan firmes como los de los otros hombres.

Y ahora pudo coser un jubón y un par de pantalones que debía llevar el mancebo.

Un día las gentes prepararon una riña de gallos. El rey también concurrió para ver la muchedumbre que se había reunido para la riña de gallos. Había mucha gente. También el principito se dirigió allí. Y para que la gente no pudiera ver que tenía una estrella en la frente se la envolvió con un paño. Después cogió un gallito pequeño y lo echó a reñir con el gallo grande de otro hombre. Antes le dijo al dueño:

— Fijemos sólo un premio pequeño, porque mis fondos son bien escasos.

Y el hombre dijo: — Bueno.

Entonces saltaron los gallos uno contra otro. Ganó el del príncipe. Se puso a bailar de alegría. Y al bailar se le cayó el paño en que se había envuelto la frente, de modo que el rey pudo ver que el mancebo tenía una estrella en la frente. El rey lo llamó y le dijo:

— Ven mañana a mi palacio, quiero dar una fiesta.

El príncipe replicó:

— Sí, señor rey. Pero vuestro siervo no osa penetrar en vuestra casa.

El rey respondió:

— Mañana tienes que venir con tu madre a aquella casa negra.

A lo cual respondió el príncipe:

— Está bien, señor rey. Mañana por la mañana aparecerán ante vos vuestros siervos.

Y el rey dijo:

— Bueno.

A la mañana siguiente, el príncipe habló con su madre:

— Cuando vayamos al palacio del rey, guarda silencio y no abras la boca, pues quiero hablar yo con el rey.

Después se pusieron ambos en camino. Cuando llegaron delante del palacio salió a su encuentro el rey y los invitó a pasar dentro. El rey les rogó que tomaran asiento y ordenó a un esclavo que trajera prontamente los manjares: — Pues quiero comer con estos dos.

Los esclavos trajeron la comida, y cuando estaban a mitad del banquete, el príncipe habló con el rey sobre tiempos pasados y le dijo:

— Una vez era una princesa que habitaba en otro país y se lavaba en un río sus cabellos. Un príncipe la hizo prisionera, junto con una sierva, y las llevó a su navío. La princesa llegó a ser su esposa. Una tarde, a la puesta de sol, la princesa dejó la cámara con su sierva para contemplar un poco el mar. Pero la sierva era astuta y lanzó por la borda a la esposa del príncipe. Entonces la sierva fué a la cámara de la princesa, se puso sus trajes y se tendió en su lecho. Pero la princesa no había caído a lo hondo, sino que se mantuvo agarrada a la quilla y llegó así hasta el país del príncipe. No se desprendió del navío. Cuando hizo pie, marchó a tientas por la arena hasta encontrarse en seco. Y cuando hubo llegado a lo seco, parió un hijo que tenía una estrella en la frente.

El rey recordaba muy bien todos estos acaecimientos y dijo: — Entonces son mi mujer y mi hijo

Y corrió a ellos, abrazó a su esposa y a su hijo y lloraron todos tres.

Cuando hubieron acabado de llorar, ordenó el rey a sus siervos que convocaran a sus dignatarios y súbditos para juzgar a la sierva.

Cuando estuvieron reunidos los dignatarios, algunos de ellos recibieron la comisión de ir al

palacio y traer a la sierva. Al ver aparecer aquella gente en su cámara, gritó ella:

— No me saquéis fuera, mis ojos no pueden soportar la luz.

Pero la gente le respondió:

— Está bien. Puedan o no tus ojos soportar la luz, te hacemos prisionera.

Gritando, la sacaron por la puerta. Cuando le quitaron los velos del rostro, vió la gente que su semblante era negro y calva su cabeza.

Y el rey ordenó que fuera atada, con los miembros separados, en la puerta de la cuadra de los búfalos. Después, cuando la gente llevó a la cuadra a los búfalos, los animales la acometieron y la despedazaron con sus cuernos.

X

EL ALMIZCLERO Y EL GIGANTE GERGASI

(De Borneo septentrional. El Gergasi es probablemente el orangután.)

En otro tiempo había siete especies de animales: el carabao, el caballo, el buey, el perro, el ciervo, el corzo y el almizclero. Estos animales querían coger peces. Echaron una red, la recogieron, y habían cobrado muchos peces. Arrojaron la presa en la playa, y alguien dijo:

— ¿Quién quiere guardar los pescados mientras hacemos un nuevo lance? Puede venir el Gergasi.

Habló así el carabao:

— Yo la guardaré. No le tengo miedo y le embestiré con los cuernos si se me presenta.

Cuando se habían marchado los otros animales, apareció el Gergasi y dijo:

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡Cuántos peces habéis pescado! Me los comeré en seguida y a ti con ellos.

El carabao repuso:

— Bueno. Intenta acercarte y te espetaré mis cuernos.

— Eso sería — respondió Gergasi —, si yo no fuera capaz de comer vuestra pesca.

Cuando el Gergasi estuvo muy próximo, el carabao hizo como si quisiera engancharle con los cuernos; entonces el Gergasi se los agarró y los asió tan firmemente que el carabao no podía moverse; pues el Gergasi era muy grande y fuerte. Entonces mugió el carabao:

— Suéltame y te dejo comer los peces.

Entonces el Gergasi lo dejó libre y el carabao nadó en busca de sus compañeros que pescaban en el mar peces. Cuando llegó junto a ellos les dijo:

— El Gergasi ha devorado los peces; me cogió por los cuernos y no pude hacer nada contra él.

Entonces los otros animales se enfadaron con el carabao y dijeron:

— Podemos pescar hasta que nos caigamos muertos y el Gergasi devorará toda nuestra pesca.

Y entonces dijo el caballo:

— Pesca tú con los otros; yo guardaré los pescados, y si no logro morderlo le daré de coces con mis cascos.

Entonces los animales llevaron al mismo sitio su pesca, y confiaron la custodia al caballo y partieron en busca de nuevo botín. Cuando estaban un poco apartados, volvió a presentarse el Gergasi y dijo:

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah! Si no te largas en seguida, te como a ti con los peces.

— Está bien — respondió el caballo —. Intentalo siquiera; defenderé nuestra pesca aunque tenga que morir en la defensa.

Cuando se acercó el Gergasi, el caballo quiso morderle; pero el Gergasi lo cogió por la cabeza y quedó sin fuerza. En seguida se alzó de manos el caballo y el Gergasi tuvo que soltarle la cabeza. Cuando se vió libre, lo acometió a coces; pero Gergasi lo cogió por una pata de atrás. Entonces rogó el caballo que lo pusiera en libertad. El Gergasi lo hizo, y mientras el caballo nadaba hacia sus compañeros, devoró la pesca.

Cuando el caballo llegó junto a sus camaradas, les dijo:

— Intenté todo lo posible, pero el Gergasi se ha comido la pesca. Primero quise morderle, y él logró cogirme por la cabeza. Entonces me encabrité, me sacudí, quise pisotearlo, pero él me agarró por un casco y tuve que rendirme.

Entonces replicaron sus compañeros:

— ¿Qué objeto tiene el que cojamos peces? Nos fatigamos y el Gergasi los devora. Lo mejor será que nos marchemos a casa.

Y el buey, el ciervo, el perro y el corzo dijeron:

— ¿Para qué hemos de intentar luchar contra el Gergasi? Los animales más fuertes han tratado de hacerlo y nada han logrado. Marchémonos a casa.

Sólo el almizclero guardó silencio; y cuando todos los otros hubieron manifestado su opinión, él dijo:

— Seguid pescando: esta vez quiero yo estar al cuidado.

— Vamos; ¡pues sí que harás gran cosa tú, que eres tan pequeño! — respondió el caballo —. ¿Cómo quieres triunfar del Gergasi?

— Eso es cuenta mía — respondió el almizclero —; cierto que no puedo luchar con él o matarlo, pero guardaré la pesca.

Pero los otros animales querían volverse a casa; por último, los convenció el almizclero. Volvieron a pescar y echaron la pesca en el mismo lugar de la costa. Entonces dijo el ciervo:

— ¿Quién quiere guardarla?

El carabao respondió:

— El almizclero dijo que lo haría él.

—Ya lo creo — replicó el almizclero —. Yo la guardaré; pero acaso algún otro prefiera hacerlo, porque yo soy demasiado pequeño.

Mas nadie estaba dispuesto. Por lo tanto, dijo el almizclero:

— Bueno, entonces yo la vigilaré. Poned todos los peces en un montón y cubridlos con hojas en forma que nadie pueda verlos.

Los compañeros amontonaron los peces de cualquier manera, los cubrieron con hojas, y cuando todo estuvo hecho, volvieron otra vez a la pesca.

Cuando hubieron partido los otros, el almizclero buscó algunas rotas y las cortó en tiras como si quisiera atar o tejer algo con ellas. Apenas las tenía hechas cuando apareció también el Gergasi y le dijo:

— ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! ¿Quién vigila ahora es el almizclero? Está bien. El carabao y el caballo han tenido que abandonarme la pesca. ¿Qué quieres hacer tú, pequeño? Dame los peces o te devoro a ti con ellos.

Repuso el almizclero:

— Yo no guardo aquí ninguna pesca, estoy cortando rotas.

Entre tanto, el Gergasi habíase aproximado — no había visto la pesca —, y siguió preguntando:

— Vamos, ¿y qué haces tú con las rotas?

— Me las ato alrededor de la rodilla — respondió el almizclero.

— ¿Y por qué haces eso? — interrogó de nuevo el Gergasi.

— Mira hacia el cielo — repuso el almizclero —; parece como si fuera a caerse de un momento a otro. Fíjate bien en lo bajo y colgante que está ya. Por eso me ato esto alrededor de la rodilla.

— Pero ¿por qué te atas las rotas alrededor de las rodillas si crees que va a venirse abajo el cielo? — preguntó el Gergasi.

— Lo hago para no hacerme daño cuando descienda al pozo; porque si viene abajo el cielo, me meteré dentro de él para que no me caiga encima nada.

El Gergasi contemplaba el cielo. Parecía literalmente que colgaba bastante bajo.

— Véndame primero a mí las rodillas — dijo —; después vendrán las tuyas.

— Con mucho gusto — repuso el almizclero —, pero tienes que sentarte sobre el pozo.

Se dirigieron ambos hacia el pozo; el almizclero llevaba las tiras de rota. Entonces dijo el Gergasi:

— Bueno, pues átate primero tus rodillas.

Pero el almizclero replicó:

— Si me vendo primero las mías, entonces ya no puedo hacerte nada a ti.

— Está bien — dijo el Gergasi —; ponme entonces primero a mí las tiras de rota; pero tienes que bajar al pozo antes que yo.

— De acuerdo; pero escucha — dijo el almizclero —; si hago lo que dices, entonces no pereceré cuando se venga abajo el cielo, sino que tú me asesinarás dentro del pozo al caerme sobre la cabeza.

El Gergasi estuvo conforme, le pareció manifiesta la justeza de lo que decía el almizclero. El almizclero hizo su trabajo de un modo fundamental; ligóle al Gergasi las manos con las rodillas con toda fuerza.

— ¿Por qué me atas tan fuerte? — preguntó el Gergasi; pero el almizclero, como respuesta, le dió un empujón y el Gergasi se precipitó dentro del pozo.

— Y ahora ya puedes quedarte ahí hasta que revientes — dijo el almizclero —; te habías equivocado al juzgar mi sabiduría.

— Pero ¿tendré que morir aquí abajo? — preguntó el Gergasi.

— Sí — respondió el almizclero —; ya que siempre nos has robado nuestros peces.

Al cabo de algún tiempo llegaron los compañeros del almizclero, arrastrando nueva pesca.

— Mirad lo listo que soy — dijo el almizclero —; he amarrado al Gergasi. Decíais que era tan fuerte. Si lo fuera, ¿cómo hubiera podido yo vencerlo?

— Mientes — gritaron el carabao y el caballo —. ¡Qué ibas a poder atarlo tú!

— Si no me queréis creer, miradlo vosotros mismos — replicó el almizclero —. Está en el pozo.

Todos los animales fueron al pozo y vieron en él al Gergasi. Entonces dijeron el carabao y el caballo:

— ¿Cómo has podido hacerlo?

— ¡Ah! Eso es largo de contar — repuso el almizclero —; no comprenderíais nada de mis astucias; pero, en todo caso, haréis bien en coger ahora una pica y acabar con él, ya que tan a menudo os ha robado vuestra pesca.

En seguida mataron al Gergasi con una pica. Cuando el Gergasi estuvo muerto, determinaron celebrar en la playa un banquete. Y al cocer los pescados y el arroz, observaron que les faltaba pimienta. Como no tenían ninguna vaina de pimienta roja, tuvieron que pasarse sin ella; a consecuencia de eso; la comida no les supo ni la mi-

tad de bien. Cuando aun estaban sentados y comiendo, observó el almizclero que la punta del rabo del perro estaba roja.

— ¡Ah! — dijo —, estamos buscando pimienta roja y allí hay alguna.

Y al decirlo, señalaba al rabo del perro. El perro no comprendió bien, y el corzo y el ciervo volvieron a preguntar:

— ¿Dónde está la pimienta?

— Allí — replicó el almizclero, y volvió a señalar hacia el perro.

El perro se enfadó por ello, pues sentía mucha vergüenza, y el corzo y el ciervo se rieron de él. Mas los tres tuvieron en seguida gran miedo; escaparon a todo correr y el perro siempre detrás de ellos.

Por eso el perro los persigue aún en el día de hoy: porque ofendieron su pudor de un modo demasiado fuerte.

El perro seguía de cerca las huellas del almizclero cuando llegaron a la *jungle*. Mas el almizclero logró encaramarse a un árbol, gracias a sus uñas y dientes. Y cuando el perro llegó bajo el árbol no pudo descubrir rastro alguno del almizclero, ni tampoco pudo percibir ya su olor. Entonces el perro renunció a la persecución del almizclero, y se fué detrás del corzo y el ciervo.

Cuando volvió al lugar donde habían querido comer, ya no estaba allí nadie, sólo había el arroz y el pescado. Siguió persiguiendo al ciervo y al corzo, pero no logró alcanzarlos. Por último se dijo:

— Está bien; si alguna vez llego a tener ante mí un corzo, un ciervo o un almizclero, les daré muerte, y lo mismo deben hacer mis hijos y los hijos de mis hijos.

Y ha sido siempre así hasta el día de hoy. Al cabo de un rato, el perro volvió a encontrarse con el caballo, el carabao y el buey, y los cuatro animales se repartieron la comida, pues el perro no estaba enojado con ellos. No se habían reído de él.

XI

RAKIAN

(De Borneo.)

Una vez alzábase en el país un mango en cuyos huecos había grandes enjambres de abejas. Había sido recogida ya bastante miel, cuando llegó al árbol un hombre llamado Rakian y clavó en el tronco trozos de bambú para poder subir por ellos.

Iba ya a ponerse el sol cuando comenzó su labor.

Había en el árbol gran cantidad de enjambres, y cuando vió Rakian que las abejas que estaban en lo más alto eran blancas, quiso coger allí la miel. — Pues — pensó —, hasta ahora nunca he visto abejas blancas. — Ascendió por los trozos de bambú al árbol, y cuando estaba muy próximo al nido de abejas desenvainó su es-

pada para separarlo del tronco. Pero las abejas no se salieron de su morada. Y cuando estaba cortando la rama de que pendía el nido, oyó que decían las abejas:

— ¡Ah! ¡Qué dolor!

Rakian se asombró de oírlas, envainó la espada y las abejas le dijeron:

— Si quieres coger el nido, quítalo con cuidado, no cortando.

Entonces cogió cuidadosamente el nido con las abejas, lo metió en su zurrón, descendió del árbol y se fué a su casa.

En su casa, colocó en su cuarto el zurrón con las abejas.

A la otra mañana, Rakian salió al campo desde muy temprano y sólo regresó cuando era ya casi de noche. Pero al llegar a casa encontró pescado y arroz cocido sobre el hogar. — ¡Ah! — pensó Rakian —, ¿quién se habrá ocupado de mi cocina, ya que estoy completamente solo en la casa? El pescado no me pertenece, el arroz tampoco. El arroz está frío y tiene que hacer ya mucho tiempo que está cocido. Acaso se haya deslizado alguien en mi casa, haya hecho su comida y me haya robado mi colmena. — Miró su zurrón, pero la colmena estaba allí todavía. En seguida Rakian se sentó a comer. — Está bien — pensaba —;

si alguien quiere cocerme la comida, tanto mejor para mí.

A la mañana siguiente comió lo que le había sobrado de la noche y volvió a salir al campo. Como la víspera, sólo volvió a casa al comenzar la noche. Y otra vez estaba dispuesta la comida. — ¿Quién podrá ser — reflexionó Rakian — el que viene a mi casa y me cuece de comer? — De nuevo volvió a mirar si nadie le había robado su colmena.

Ocurrió así cada día. Siempre, al regresar a casa, encontraba hecha su comida.

Entonces decidió volver un día más temprano para ver quién preparaba comida para él. De nuevo volvió a salir al campo por la mañana muy temprano; pero apenas se había alejado un trecho de su casa, cuando volvió atrás y se escondió cerca de ella. Esperó mucho tiempo sin que aconteciese nada; entonces rechinó de repente la puerta de la casa y salió una mujer maravillosamente hermosa, que llevaba un cubo de bambú y bajó al río para buscar agua. Mientras tanto, Rakian se deslizó en la vivienda — la mujer no lo había visto —, y quiso mirar sus abejas. Abrió el zurrón, pero no encontró allí ninguna abeja, sino sólo el nido vacío. Entonces sacó el nido del zurrón, escondiólo, y él mismo se ocultó también en la casa.

Al cabo de un rato regresó la mujer y se dirigió al zurrón para mirar el nido de abejas.

— ¡Oh! — dijo ella —. ¿Quién me ha robado mi cofre?

Buscó por todas partes; por último se echó a llorar y se lamentaba:

— ¿Quién podrá habérmelo quitado? Rakian no puede haber sido, porque se ha ido al campo. Temo que venga a casa y me encuentre aquí.

Cuando era ya casi de noche, Rakian se salió de su escondite e hizo como si regresara del campo. La mujer se quedó sin habla.

— ¿Por qué estás aquí? — preguntó Rakian —. ¿Acaso quieres robarme mis abejas?

— No sé nada de tus abejas — respondió la mujer.

Llegóse él al zurrón en busca de las abejas, que, naturalmente, no estaban allí, pues él mismo había escondido el nido.

— ¡Oh! — dijo él —, mi nido no está aquí. ¿Acaso me lo has quitado?

— ¿Qué sé yo de tu nido de abejas? — explicó la mujer.

— Bueno, no importa — repuso Rakian —; pero ¿quieres hacerme la comida? Tengo mucha hambre.

— No, no quiero hacerla — respondió la mujer —, pues estoy muy apesadumbrada.

Rakian volvió a rogarle una y otra vez que le preparara la comida; pero ella se negaba terca-mente, y por último le preguntó:

— ¿Dónde está mi ropa?

— No te la he quitado — respondió Rakian.

— Sin embargo, creo que me has escondido todos mis trajes y joyeles — dijo la mujer.

Por último exclamó Rakian:

— No te los devolveré, pues temo que cuando los tengas te marches una vez más, y quedés perdida para mí.

— No quiero volver a tenerlos — contestó la mujer —, si me tomas por esposa. Mi madre quería que yo me casara contigo, pues tú no tienes aquí ninguna mujer, y yo no tengo en mi país ningún esposo.

Entonces Rakian trajo la colmena y se la dió a la mujer.

— ¿Qué es esto? — le preguntó él.

— Ese es mi secreto — respondió la mujer —. Pero — continuó diciendo — no debes llamarme abeja de aquí en adelante, pues eso me dará mucha vergüenza.

Se casaron, y poco después tuvieron un niño.

Un día se celebraba una fiesta en una casa in-

mediata. Rakian estuvo convidado y participó abundantemente en la bebida.

— ¿De dónde es, en realidad, tu bella mujer? — le preguntó uno —. Jamás he visto una mujer más hermosa.

— Es de esta aldea — respondió Rakian.

Cuando toda la gente estaba bebida, volvieron a preguntarle dónde había encontrado a su mujer, y le dijeron que jamás les había sido dado ver una mujer más hermosa. Por último, también Rakian, que hasta entonces siempre había respondido que su mujer era de aquella aldea, estuvo también beodo. Olvidó su promesa y dijo:

— En realidad, mi mujer fué antes una abeja.

Entonces las gentes cesaron en sus preguntas y Rakian volvió a su casa. Cuando llegó a ella su mujer no quiso hablarle.

— ¿Por qué no dices nada? — preguntó Rakian.

— ¿Qué te tengo dicho? — pronunció ella —. Creo que no debías haber contado nada que pueda avergonzarme.

— No he dicho nada — respondió Rakian.

— Mientes — repuso su mujer —; por lejos que esté la casa lo he oído todo. Cuando te preguntaron de dónde era yo, primero no has querido contarles nada; pero después, cuando estabas bebido, lo has dicho todo.

Entonces Rakian guardó silencio.

— Tengo que irme a mi casa — dijo ella —; pues pasaré vergüenza por tu culpa. Pero el niño puede quedar contigo. Dentro de siete días pasará mi padre río arriba y me iré con él.

Rakian lloraba. Al cabo de siete días vió Rakian una abeja blanca revoloteando sobre el pico de la casa. Su mujer bajó la escalera y le dijo:

— Ahí está mi padre.

Entonces se volvió a transformar en abeja y voló tras él.

Rakian corrió dentro de la casa y sacó al niño. Quería ir detrás de su mujer y de su padre. — Pues — pensaba — si mi mujer no se queda conmigo, tiene que morir el niño, pues es aún demasiado pequeño para vivir sin madre—. De este modo fué persiguiendo a las abejas, que se elevaban por los aires delante de él, por encima de la *jungle*. Al cabo de siete días las perdió de vista y aun no había logrado llegar a ninguna aldea. El día octavo llegó a un baño en el río. Tendieron allí ambos, padre e hijo, y se quedaron dormidos, pues estaban demasiado hambrientos y cansados.

Apareció una mujer de la aldea inmediata, despertó a Rakian y le dijo:

— Rakian, ¿por qué no te diriges a casa de tu

mujer y duermes allí con tu hijo? No es lejos de aquí.

— Cuando me haya bañado — repondió Rakian —; tienes que enseñarme el camino.

— Con gusto — dijo la mujer.

Entonces Rakian se bañó, siguió a la mujer, y al cabo de poco tiempo llegaron a una aldea.

— Allí está la casa — le dijo la guía y le señaló un largo edificio —; su cuarto es precisamente el del medio. Hay once cámaras en la casa; cuando entres no tienes que asustarte aunque el tejado esté lleno de abejas, pues no hacen ningún daño a los hombres.

Rakian subió a la casa y la encontró llena de abejas, grandes y pequeñas; pero en la cámara de en medio no había ninguna. No había hombres en la casa, abejas tan sólo.

El niño comenzó a gritar y Rakian tomó asiento.

— Otun, querida — oyóse decir a una voz en el cuarto de en medio—. ¿Por qué no te presentas? ¿No tienes compasión de tu niño, que llora tan cerca de ti?

Y al cabo de un instante la mujer de Rakian entró en la habitación. El niño corrió en seguida hacia ella. Entonces a Rakian se le quitó un peso de encima, pero su mujer le dijo:

— ¿Qué te dije la primera vez? ¿No fué que no debías contar a nadie quién soy yo? Si no hubieras podido seguirme, habrías ocasionado tu desgracia.

Después que hubo dicho esto, las abejas cayeron del tejado al suelo y se transformaron en hombres. Rakian y el niño siguieron viviendo siempre en aquella aldea, y no regresaron nunca a su país.

XII

EL ELEFANTE APUESTA CON EL TIGRE

En días mucho ha pasados, Ejayah, el elefante, y Rimeu, el tigre, eran excelentes amigos. Un día llegaron a un calvero y encontraron allí a Lotong, el mono de anteojos, provisto de larga cola. Cuando el elefante vió al mono, dijo:

— Maese Lotong vuelve a alborotar del modo más indecoroso; vamos a espantarlo del árbol; si se cae con mis gritos, me será lícito devorarte; si se cae con los tuyos, entonces eres tú quien tiene derecho a devorarme a mí. Vamos, ¿quieres que apostemos?

El tigre preguntó:

— ¿Conforme?

El elefante respondió:

— Conforme.

— Bueno — dijo el tigre —; entonces ensaya tú primero y amenázalo.

El elefante amenazó al mono.

— ¡Aul jaul jaul! — trompeteó; y cada vez que trompeteaba sentía gran miedo el mono. Se tiraba de cabeza de una rama a otra, pero ni una sola vez cayó al suelo.

Por último, el tigre le preguntó al elefante:

— Vamos, compadre elefante, ¿quieres probar tu suerte de nuevo?

Pero el elefante replicó:

— No; muchas gracias. Inténtalo tú ahora, y si cae al suelo debes devorarme, siempre que realmente haya llegado a tierra.

Entonces comenzó el tigre; rugió lo más fuerte que pudo, se agazapó contra el suelo, se tendió para saltar, y de este modo amenazó por tres veces al mono. Y el mono se desprendió del árbol; cayó ante las garras del tigre, pues sus pies y sus manos hasta tal punto habían quedado paralizados por el terror, que ya no podían agarrarse a ninguna rama. Entonces dijo el tigre:

— Vamos, amigo elefante; creo que ahora me es lícito devorarte.

El elefante respondió:

— Sí; has ganado la apuesta, pero te suplico que me concedas ocho días de plazo; querría volver a ver otra vez a mi mujer y a mis hijos y hacer además mi testamento.

El tigre accedió al ruego. Rezongando y sollozando a cada paso, trotó el elefante hacia su casa.

Cuando la mujer del elefante oyó el resollar de su marido, les dijo a los hijos:

— ¿Qué puede haber ocurrido a vuestro padre? Solloza espantosamente.

Los hijos aguzaron el oído y dijeron:

— Sí; es la voz de padre; solloza; no puede ser otro.

Entró el padre elefante, y la madre elefante le preguntó:

— Padre, ¿por qué gimes de ese modo? ¿Qué te ha ocurrido?

El padre elefante respondió:

— He hecho una necia apuesta con el amigo tigre, a ver quién de los dos podría hacer caer a un mono de un árbol; el amigo tigre ha ganado; amenacé al mono, pero no cayó al suelo; si hubiera caído entonces habría podido devorar al tigre, pero ya que el tigre fué el que logró echarlo abajo, él es quien puede comerme. He perdido y ahora el amigo tigre quiso comerme. Pero le rogué que me permitiera volver otra vez a casa para despedirme de vosotros, y obtuve así un plazo de ocho días.

Durante ocho días el elefante gimió sin inte-

rrupción; ni comió ni durmió. El amigo almizclero oyó el estruendo.

— ¿Qué puede ocurrir al amigo elefante que hipa y trompetea sin descanso, y tampoco duerme, y hace de la noche día y del día noche? ¿Qué puede haberle sobrevenido? Voy a buscarlo — dijo el almizclero.

En seguida se puso en camino para ver lo que pasaba; preguntó:

— Amigo elefante, ¿qué te ocurre? Todo el día y toda la noche se te oye trompetear lo mismo que si fuera a acabarse el mundo. ¿Por qué haces tal estruendo?

El elefante respondió:

— Amigo almizclero, tengo grandes motivos para ello: caí en un espantoso aprieto.

— ¿En qué aprieto? — siguió preguntando el almizclero.

— Aposté con el tigre a ver quién de nosotros dos lograba hacer caer a un mono de un árbol, y ha ganado él.

— Y ¿qué habíais apostado? — volvió a preguntar el almizclero.

— Apostamos que si el amigo tigre derribaba al mono del árbol le sería permitido devorarme, y si fuera yo el que lo echaba abajo, debía devorar al amigo tigre. El amigo tigre lo arrojó al

suelo, y ahora pretende devorarme. Por eso no quiero comer, no puedo dormir, y sólo tengo estos ocho días de plazo para ver a mi mujer y a mis hijos y hacer mi testamento.

Entonces dijo el almizclero:

— Si el amigo tigre te hubiera devorado, estaría yo muy triste, me habría apenado extraordinariamente; pero tal como están las cosas, ni me entristezco ni me apeno.

— Si quieres auxiliarme, entonces seré tu siervo, y también lo serán mis descendientes.

— Bueno, pues entonces te ayudaré — dijo el almizclero —: ve y proporciónate un cántaro de jarabe de palmera.

El amigo elefante se lo ofreció, y fué de un trote hasta la casa de un fabricante de vino de palmera. Aquél se escapó corriendo en cuanto vió venir al elefante, y así el elefante entró en posesión de un cántaro de jarabe de palmera y se lo llevó al almizclero.

El amigo almizclero dijo:

— ¿Cuándo expira el plazo?

El amigo elefante respondió:

— Mañana.

Al romper el inmediato día, dijo el almizclero:

— Viértete el rojo jarabe por los lomos y haz que chorree por los costados y patas.

El amigo elefante obedeció.

El amigo almizclero adiestró así al elefante:

— Cuando yo lama el jarabe, trompetea lo más fuerte que puedas, para que crea la gente que te hago un daño espantoso; además retuércete y sacúdete a uno y otro lado.

El amigo almizclero saltó sobre él y comenzó a lamerlo diligentemente; el amigo elefante se retorció y sacudía a uno y otro lado, trompeteando espantosamente. Siguiéron adelante; el amigo almizclero, encaramado en lo alto de los lomos, se instaló en la parte posterior del elefante, y el elefante trompeteaba y trompeteaba, hasta que, por último, encontraron al tigre.

Entonces exclamó el almizclero:

— ¡Bah!, con un elefante como éste, se acaba en un momento. Si pudiera llegar a coger a ese gordo, cebado y viejo tigre, entonces sí que quedaría mi hambre satisfecha.

Cuando el amigo tigre oyó estas palabras, se dijo interiormente:

— Creo que si me coge, me devora detrás del otro.

Y por eso el amigo tigre no se estuvo quieto ni un instante, sino que huyó de allí dando grandes saltos para ponerse a salvo.

Encontró al mono negro. El amigo mono le dijo:

— Amigo tigre: ¿por qué corres de ese modo? ¿Por qué todo este estrépito? ¿Es que se hunde el cielo? ¿Por qué esos grandes saltos?

El amigo tigre le respondió:

— ¿Que por qué es todo este estrépito? No sé qué bribón ha montado sobre los lomos del amigo elefante, lo ha aprisionado y se traga grandes trozos de su carne; de modo que el infeliz no sabe estarse quieto con el dolor, y su sangre corre a torrentes por él abajo. Además, el bribón que va montado en los lomos del amigo elefante, yo mismo se lo he oído, dijo que con un elefante sólo acabará en un momento, que querría apoderarse de un gordo y cebado tigre viejo, con el cual satisfacería apenas su apetito.

El amigo mono dijo:

— Amigo tigre, ¿qué clase de mozo era ese?

— No lo sé — respondió el tigre.

— ¡Ah! — dijo el mono con una sonrisa —, no me asombraría de que fuera el amigo almizclero.

— No, de fijo que no — dijo el tigre —. Por nada del mundo sería posible que el amigo almizclero me tragara. Además, no come carne. Ven, vamos a volver atrás.

Entonces buscaron al elefante. Primero fué delante el mono; después fué el tigre, y, por último, volvió a adelantarse el mono. Cuando el al-

mizclero, que aún estaba instalado sobre los lomos del elefante, vió venir a los dos, exclamó:

— Vamos, compadre mono; ya no puedo fiarme de ti como proveedor: me prometiste traerme dos tigres y vienes con uno sólo. Ése no lo quiero, compadre mono.

Cuando el amigo tigre oyó decir esto, huyó de allí, corriendo tanto como pudo; después retrasó sus pasos y dijo:

— Amigo mono, fué una bajeza tuya llevarme a esa emboscada sólo para cumplir tu promesa. Avergüénzate, amigo mono; tuve suerte en que no me haya querido; si me hubiera clavado el diente, a estas horas estaría ya muerto, y todo se habría acabado para mí. Pero ten cuidado: si otra vez te pones en mi camino, morirás por haber pretendido hacerme caer en esa celada.

Así brotó la enemistad entre el tigre y el mono, que dura aún hoy en día, pues el tigre no puede perdonar que el mono hubiera querido embaucarlo. Y con esto se acaba la historia.

XIII

LA POBRE VIEJA Y EL PEZ EN SECO

Una vez era una mujer, vieja y menesterosa, que vivía en la mayor miseria, y sus vestidos estaban tan rotos y deshechos, que apenas cubrían su desnudez. Sólo podía comer y beber una vez al día, y con mucha frecuencia le ocurría no tener qué. Y así solía pasar hambre uno o dos días, y sólo agua podía beber. Hacía ya mucho tiempo que no estaba en situación de participar en la recolección del arroz. Además, no la recibían allí con gusto, pues como era vieja ya, no podía trabajar con bastante rapidez.

Así, pues, vivía solamente de lo que recogía en los campos o en los jardines de bambú, y lo que así obtenía lo cambiaba en casa de sus vecinos por arroz crudo, cocido o secado al sol.

Su casa era sólo un miserable chozo apoyado contra la casa de su vecino. El agua rezumaba

por el techo y las paredes, pues nadie quería ayudarla a repararlo, y no tenía nadie que pudiera valerle: ninguna familia, ni hijos, ni nietos. Vivía completamente sola y entregada a sí misma.

Aunque la mujer era ya tan vieja y sus cabellos se habían vuelto blancos, aún no sabía nada acerca de Alah; no procedía en nada según su ley; no lo reverenciaba, y creía que el cielo y la tierra se habían originado por sí mismos. Cierta vez hacía ya dos días que no tenía nada que comer, ni tampoco nada que pudiera cambiar por arroz. Estaba tristemente sentada dentro de su choza, y sollozaba:

— ¡Oh! ¡Qué desdichada suerte la mía! Voy a morir de hambre.

Trató otra vez de arrastrarse fuera para buscar algunas hojas y raíces con que apaciguar su hambre canina. Dirigióse a una pradera que había sido quemada hacía poco tiempo y que no estaba lejos del mar. Por uno de sus lados tenía un escarpado cantil; por el otro, una profunda garganta.

Al llegar a ella, vió la vieja una porción de peces en el torrente de su fondo, que querían nadar hacia el mar. El fuerte calor estival había secado el arroyo casi por completo, y los peces estaban clavados en el fango y no podían salir. Si

Llegaban a quedarse en seco, morirían necesariamente.

Cuando esto vió la vieja, se sintió muy animosa y contenta, y se dijo:

— ¡Oh! ¡Qué alegría, qué alegría! Vaya un hallazgo. Todos estos peces me servirán de alimento, y los que no me coma, los cambiaré por arroz.

Pero aun se asombró más cuando vió un pez mayor que los otros y que nadaba delante de todos. Tenía que ser el rey. También sabía hablar, porque dijo:

— ¡Alah! ¡Oh, Alah! Te suplicamos que nos mandes lluvia. ¡Oh, por favor, ten la bondad de mandarnos lluvia.

Y miraba al cielo al decirlo. La vieja sintió curiosidad cuando oyó que el pez hablaba de aquel modo; quiso saber lo que ocurría. Y al cabo de media hora sobrevino realmente un fuerte aguacero que en pocos momentos llenó de agua el arroyo de la garganta. Entonces los peces pudieron marcharse a nado. Hicieronlo con la mayor rapidez, pero la vieja se helaba, empapada en agua, y tuvo que regresar con las manos vacías. Entonces reflexionó sobre el extraño acontecimiento, y se dijo:

— También yo debería ensayar una vez eso, e

implorar a ese señor, a quien llaman Alah, que quizá atenderá mis ruegos. Mas tengo que pedir algo distinto de lo que pidió el pez, porque lo que yo necesito es dinero.

Dicho y hecho. Se hincó de rodillas, alzó los ojos al cielo, y dijo imitando al pez:

— ¡Alah! ¡Oh, Alah! Te suplico que me mandes dinero. ¡Oh, por favor, ten la bondad de mandarme dinero!

Hizo esto todos los días; creía que con ello daba más fuerza a su plegaria, y no prestaba atención a las otras cosas.

El hombre contra cuya casa estaba apoyada su choza, se irritó con sus rezos. Le molestaba de modo indecible, y le aburría sobremanera oír todos los días, y sin interrupción, las mismas palabras. La reprendió severamente, y le dijo furioso:

— Cállate, por fin, con eso; no puedo ya aguantarte; procura decir otras cosas. Es difícil que Alah venga junto a ti y te regale dinero. Mejor harías en ir al bosque para traer leña, hojas y corteza, de lo que sacarías más provecho. Y si no quieres oír mis advertencias, lárgate de aquí y arrima tu miserable chozo a otra vivienda.

La vieja no hizo caso de este sermón, y siguió en adelante pidiéndole a Alah dinero.

Al cabo de cinco días, irritóse de tal modo el vecino con su terquedad y desobediencia, que quiso jugarle una mala pasada.

Reunió cacharros rotos, desperdicios, basura y toda clase de inmundicias, las machacó finamente y las metió en un saco. Quería tirárselo a la vieja. Creería que Alah le enviaba dinero. El saco le caería sobre las costillas y le quitaría de una vez para siempre el gusto de seguir orando.

Cuando dormía la vieja, el hombre arrastró el saco hasta el tejado de su casa, y desde allí lo arrojó sobre la vieja. La pobre abuelita se desmayó de dolor y espanto.

Cuando recobró el sentido y vió el saco tirado en el suelo, se alegró profundamente y pensó que Alah se lo enviaba lleno de dinero. El señor de la casa la acechaba, y se reía al ver cómo iba bamboleándose de un lado a otro en su pobre cabañita, ebria de alegría. Celebraba ya anticipadamente la cara de desengaño que había de poner y la vergüenza que sentiría al ver que en el saco no había más que cacharros rotos, basura y porquería.

Mas la mujer adoraba el saco como a un auténtico don de Alah y decía:

— Muchas gracias, Alah. ¡Oh, qué gran cantidad de dinero me has regalado! ¿No te habrás quedado sin nada para tí?

Abrió después el saco, y ¡bendito y alabado sea el sublime nombre de Alah!, todos los cacharros y las otras cosas se habían convertido por su voluntad en dinero. En oro y plata, acuñados en relucientes monedas.

Al día siguiente la visitaron los vecinos y las vecinas. Se quedaron muy asombrados de que la vieja se hubiera hecho tan rica en una sola noche y mediante aquella mala pasada. Hasta vino en su busca un emisario del príncipe, que hizo que le refiriera su maravillosa historia, y que después, con todo detalle, dió cuenta de ella en la capital.

Juzgóse entonces más razonable que la vieja no siguiera viviendo en la aldea, donde era fácil que alguien pudiera robarle su dinero. Le compraron una casa y la alhajaron con todo lo conveniente. De repente la vieja, que se había hecho rica en una noche, fué simpática a todos, y todos la tomaron cariño; pero ella siguió siendo modesta y se mostraba afable con todo el mundo. Adquirió muchos amigos, pues ayudaba a los pobres y oprimidos. Recordaba siempre los tiempos en que ella misma había sido pobre y necesitada y nadie había querido protegerla.

Mas su vecino, el que había dejado caer sobre ella el saco de desperdicios, fué poseído de un fre-

nético afán de dinero, después que hubo visto lo rica que se había hecho la vieja. Quería que le ocurriera a él lo mismo. Dirigióse, pues, a la vieja y quiso convencerla de que debía llenar un saco con aquellas mismas basuras y dejarlo caer sobre él. Le dijo:

— Abuelita, en realidad todo ese dinero se originó de los cacharros rotos que yo había metido en el saco para darte una broma, pues yo estaba enojado de que todos los días pidieras dinero a Alah, cuyo nombre sea alabado. Los desperdicios se convirtieron en dinero por pura casualidad. Por eso te ruego que llenes un saco con esos restos y lo arrojes sobre mí. Seguramente que también se convertirán en dinero. Aunque, bien pensado, mejor será que me arrojes dos sacos, para que todavía sea más rico que tú.

La vieja respondió:

— Muy bien, con mucho gusto. Vete a tu casa y ora como yo lo había hecho antes.

El hombre se fué a su casa y oró exactamente como se lo había dicho la mujer:

— ¡Alah! ¡Oh! ¡Alah! Te suplico que me mandes dinero. ¡Oh, por favor, ten la bondad de mandarme dinero!

Al hacerlo, sólo pensaba en lo rico y lo distinguido que sería, en el alto rango que podía ocupar

cuando recibiera de Alah los dos sacos llenos de dinero.

Al cabo de cinco días lo visitó la vieja y todavía lo encontró sumido en sus plegarias. Había llevado consigo dos sacos llenos de cacharros rotos pulverizados, que subió al tejado, y ella misma los arrojó desde allí sobre los lomos de su vecino.

Cayó sin sentido el hombre, y cuando lo recobró notó que tenía una costilla rota. Entonces hizo llamar a toda prisa a su mujer para que le trajera incienso. El saco fué sahumado, y cuando estuvo hecho, oró en estos términos:

— ¡Alah! ¡Oh! ¡Alah! Muchas gracias. ¡Cuánto dinero me has regalado! ¿No te habrás quedado sin nada para tí?

Después abrió el saco, pero en él no había más que cacharros finamente pulverizados.

El hombre se puso fuera de sí de cólera y furor. Mugía y se lamentaba de su desengaño. Al cabo, hasta llegó a blasfemar de Alah.

— Vamos, Alah. ¿Conque este es el modo que tienes de elegir a tus favoritos? ¿Repartes así tu dinero? ¿Por qué no pertenezco yo al número de los favorecidos? ¿O es que hoy hay otro Alah? ¿Ya no existe el Alah antiguo? Aquel sabía hacer dinero con cacharros y tú no puedes hacerlo.

Entonces el réprobo se puso gravemente enfermo y sufrió muchos dolores y penas. Lo trataron muchos médicos. Por último sanó, por merced de Alah, pero quedó jorobado. Su espalda se corcovó, de modo que ya no pudo trabajar como antes ni ganar su sustento. Se hizo pobre, cada vez más pobre; tanto como lo había sido la infeliz mujer. La miseria que antes la atormentaba a ella se había pasado a él.

XIV

LA HISTORIA DE MAU LOHA

Una vez eran un viejo y una vieja que tuvieron un hijo, al cual pusieron nombre de Mau Loha. Los padres lo cuidaban mucho porque era su hijo único. Aun cuando hacía toda suerte de pillerías, no se enojaban con él sus padres, pues estaban muy preocupados por el mancebo.

Un día Mau Loha le dijo a su padre:

— Padre, nuestro techo está agujereado; ¿qué te parecería si lo arregláramos y lo cubriéramos de nuevo?

El padre respondió:

— Está bien.

Quitaron la vieja cubierta. Al día siguiente cortaron hojas de sagú. Y cuando hubieron juntado cantidad suficiente, las llevaron a casa. Mau Loha quería también cargar con algunas hojas, pero su padre le dijo:

— No debes llevar ninguna, si no, la madre nos reñirá.

Mau Loha le respondió:

— Padre, está bien.

Cuando el padre llevaba las hojas, Mau Loha corría tras él. El padre había llevado ya gran cantidad de hojas, sólo faltaba llevar un haz y entonces dijo Mau Loha:

— Padre, voy a ir delante y te esperaré allá.

El padre respondió:

— Está bien.

Pero Mau Loha quería mofarse de su padre. Corrió, pues, delante y se escondió dentro del haz de hojas de sagú. Cuando el padre llegó, lo llamó, pero Mau Loha no respondió. Entonces pensó el padre que acaso se habría marchado ya delante, y, por lo tanto, se echó el haz sobre los hombros para llevarlo a casa. Apenas había cargado el haz sobre las espaldas, cuando notó ya lo muy pesado que era. Y así, tuvo que tomar aliento a cada paso; pero aunque pesaba mucho lo llevó hasta su cabaña. Llegado allí, quiso arrojarlo al suelo. Pero entonces le gritó Mau Loha:

— Padre, padre, arrójalo con cuidado porque estoy yo dentro.

Y el padre no dijo otra cosa sino:

— ¡Oh, Mau Loha! ¿Por qué me has engañado?

Aunque Mau Loha acometiera tales hazañas, su padre no se enfadaba con él; cuando iba a azotarlo, tenía que pensar siempre:

— Es mi único hijo.

Un día quiso volver a chasquear a su padre. Le dijo:

— Padre, en el pozo hay una gran anguila.

Cuando el padre oyó que había una anguila en el pozo quiso cogerla, pues la anguila era lo que comía con más gusto en el mundo. Y así le preguntó a Mau Loha:

— ¿Cómo haremos para coger la anguila?

— Tenemos que pescarla con anzuelo; pero el cebo tiene que ser carne de cerdo, pues es lo que pica mejor la anguila.

El padre dijo:

— Está bien.

Al día siguiente, el padre mató un cerdo para que sirviera de cebo. Y Mau Loha le dijo a su padre:

— Parte el cerdo en pedazos y guísalo.

El padre hizo lo que le decía el muchacho. Y cuando la carne de cerdo estuvo en su punto, el padre la cogió para pescar con ella. Mau Loha le dijo a su padre:

— Padre, primero tengo que ir a visitar a un amigo mío. Si se te hace muy larga la espera,

empieza a pescar tranquilamente. Cuando yo llegue ya te ayudaré.

El padre dijo:

— Está bien.

De este modo Mau Loha se marchó en dirección al pozo. El padre esperó y esperó, pero el hijo no volvía, y se fué él solo a la pesca. Cuando llegó al pozo, ensartó la carne en un anzuelo y lo arrojó abajo. Apenas el anzuelo había llegado al agua cuando Mau Loha dió un tirón de él; el padre lo levantó en seguida; pero cuando llegó arriba, vió que ya no había en él ninguna carne. Entonces pensó que la anguila debía ser muy grande; y por eso volvió a cebarlo en seguida; no sospechaba que Mau Loha estaba agazapado allá abajo. Volvió a arrojar el anzuelo y en seguida Mau Loha volvió a dar otro tirón de él.

En cuanto el padre arrojaba el anzuelo al agua, Mau Loha se comía la carne. Y Mau Loha se comió toda la carne de modo que sólo quedaba un trocito pequeño. Entonces pensó el padre que cuando volviera a morder la anguila, daría en seguida un tirón hacia arriba para levantarla enganchada. Por lo tanto, puso la última carne en el anzuelo y lo arrojó al agua.

Mau Loha lo cogió al instante, pero al mismo tiempo el padre tiró del anzuelo de modo que

desgarró la mano de Mau Loha. Mau Loha gritó:

— ¡Padre, que estoy aquí!

Entonces dijo el padre:

— ¡Oh, Mau Loha! ¡Qué historias armas! Yo creía que había matado un cerdo para coger una anguila y eras tú quien estaba escondido ahí abajo.

Sollozaba Mau Loha, porque el anzuelo se le había clavado profundamente y sentía muy fuertes dolores. Corrió en busca de su madre. La madre oyó llorar a Mau Loha y le preguntó:

— ¿Por qué lloras, Mau Loha?

Mau Loha respondió:

— El padre arrojó un anzuelo y me ha desgarrado con él la mano.

Repuso la madre:

— Vamos, deja que venga el padre. Ya lo reprenderé y le diré cómo ha sido posible que no te haya visto al echar el anzuelo.

Cuando el padre volvió a casa, reprendióle la madre:

— Pero, hombre, ¿cómo no piensas que es nuestro hijo único?

Y con ello el padre tuvo que consolar a su hijo.

Otro día Mau Loha le dijo a su padre:

— Padre, ¿qué sacamos de estarnos todo el

día metidos aquí en casa? Sería mejor que hiciéramos una huerta y plantáramos en ella toda suerte de frutas.

El padre respondió:

— Muy bien, pero ¿dónde haremos la huerta?

Repuso Mau Loha:

— Tenemos que buscar un campo bien situado, que tenga buena tierra para que las frutas que plantemos se den bien.

El padre dijo:

— Está bien.

Al día siguiente salió con su padre para buscar un sitio conveniente para la huerta. Por último lo encontraron. Arrancaron la maleza e hicieron una huerta muy hermosa. Después pusieron plátanos, nueces y caña de azúcar. No pasó mucho tiempo y todas las plantaciones estaban admirablemente desarrolladas. Tuvieron una gran cosecha de plátanos maduros, caña de azúcar y nueces. Mau Loha quería comerse todos los plátanos, pero no lo quería el padre, y le dijo:

— No, vamos a venderlos y obtendremos dinero.

Cuando el padre habló así guardó silencio Mau Loha. Quería embromar a su padre y le dijo:

— Padre, quédate aquí. Yo voy a ver a la ma-

dre; hace ya mucho tiempo que no hemos estado allí.

El padre dijo:

— Está bien.

Pero Mau Loha no fué junto a su madre, quería engañar al padre. Cuando estuvo en medio del bosque se untó el rostro de color rojo, cogió un sable en la mano, y se puso un disfraz sobre su vestido. Entonces volvió junto a su padre e hizo como si lo quisiera matar. Su padre tuvo miedo, pues creyó que era un loco el que se le había metido en la huerta. Entre tanto Mau Loha echaba abajo los plátanos maduros, escogiendo los mejores racimos. Después desapareció y se bañó. Tras el baño visitó a su madre y al regreso trajo comida para él y para su padre. Cuando llegó otra vez a la huerta díjole a su padre:

— ¿Quieres que comamos?

Pero el padre le refirió:

— ¡Oh, Mau Loha! Esta mañana, cuando fuiste a ver a tu madre, entró un hombre en la huerta y quiso asesinarme. Después echó abajo todos los plátanos. Mira por tí mismo todo el daño que ha hecho.

Mau Loha lo miró todo. Después dijo:

— El bribón que estuvo aquí después de mi

marcha de fijo que quería robarnos nuestros plátanos. Si hubiera estado yo lo habría matado a palos. ¡Maldita sea! ¡Que si ese pillo se hubiera presentado estando yo aquí!...

Y Mau Loha siguió engañando a su padre y le dijo:

— Bueno, padre: ¿y qué hacemos con todos estos plátanos?

El padre respondió:

— Pues comértelos.

Y Mau Loha se comió él solo los diez racimos de plátanos.

Un día le dijo a su padre:

— Padre, quédate aquí. Quiero visitar a mi madre.

El padre respondió:

— Está bien.

Por lo tanto Mau Loha fué a su casa. Cuando llegaba, preguntó la madre:

— ¿Eres tú, Mau Loha?

— Sí, madre. Tengo que decirte algo.

La madre preguntó:

— ¿Qué?

Dijo Mau Loha:

— Madre, tengo que decirte que se ha muerto el padre. Y el padre me ha encargado que te dijera que tenías que cortarte la cabellera.

Cuando la madre oyó que se había muerto su marido, lloró amargamente. Pero Mau Loha consolaba a su madre diciéndole:

— Madre, no llores más; ya que lo he enterrado, no tengo que ocuparme de nadie sino de ti.

Y siguió diciendo a su madre:

— Madre, quédate aquí. Primero quiero ir a ver nuestra huerta, no sea que alguien, ya que se ha muerto el padre, se haya apoderado de nuestra propiedad.

Respondió la madre:

— Está bien.

Marchóse Mau Loha para vigilar la huerta. Cuando llegó allá gritóle su padre:

— ¿Eres tú, Mau Loha?

— Sí, padre.

— ¡Oh! Has estado ausente mucho tiempo.

— Sí, padre; tuve que quedarme allí. La madre estaba enferma y tuve que cuidarla. Al cabo de dos días se murió. Primero quise venir a buscarte, pero ¿quién se habría quedado con la madre ya que estaba yo completamente solo?

Cuando el padre supo que su mujer se había muerto, lloró amargamente. Pero le dijo Mau Loha:

— Padre, no llores más. Ya que he enterrado a la madre no tengo que ocuparme de nadie más

que de ti. Pero la madre me encargó que te dijera que tenías que cortarte los cabellos.

El padre dijo:

— Está bien.

Al día siguiente Mau Loha le dijo a su padre:

— Padre, quédate aquí. Quiero ir a ver nuestra casa, no sea que alguien, ya que la madre está muerta, se haya apoderado de nuestra propiedad.

El padre respondió:

— Está bien.

Y Mau Loha se fué a su casa.

Cuando llegaba, exclamó la madre:

— ¿Eres tú, Mau Loha?

— Sí, madre.

En la velada, Mau Loha le dijo a su madre:

— Si te parece, te buscaré un nuevo marido.

Entonces dijo la madre:

— Pero, Mau Loha; soy demasiado vieja. ¿Cómo podría ahora recibir nuevo esposo?

Mau Loha replicó:

— Necesitas alguien que cuide de ti, pues yo soy joven y pronto tendré que seguir mi propio camino. ¿Quién te cuidaría entonces? Por eso es mejor que busque un nuevo padre que te cuide.

Respondió la madre:

— Está bien.

Y Mau Loha dijo:

— Si estás conforme, esta noche misma me pondré a buscártelo:

En seguida Mau Loha volvió a dirigirse a la huerta. Cuando llegaba allá, exclamó el padre:

— Mau Loha, ¿eres tú?

— Sí, padre.

— ¡Oh, Mau Loha! Te has quedado en casa mucho tiempo.

— Como la madre ha muerto, tiene uno mismo que ocuparse de los cerdos. Por eso me quedé tanto tiempo.

Mau Loha durmió dos noches junto a su padre, después le dijo:

— Si quieres te buscaré otra mujer.

Cuando el padre oyó esto, le reprendió diciendo:

— ¿Cómo se te ocurre eso, Mau Loha? ¿Quieres volverme loco? ¿Por qué me hablas así?

Mau Loha replicó:

— Pero, padre, creo que sería lo mejor; pues yo soy joven y tengo que seguir mi propio camino. ¿Quién te guisará entonces la comida?

Entonces dijo el padre:

— Está bien.

Y Mau Loha le dijo a su padre:

— Padre, voy ahora a ponerme a buscarte esposa.

Mau Loha se fué a su casa. Cuando llegó allí, exclamó la madre:

— Mau Loha, ¿eres tú?

— Sí, madre.

Entonces Mau Loha le contó a su madre:

— Madre, estuve buscando un nuevo padre y ya lo he encontrado. Quiero ir por él. Hoy por la noche te lo traeré. Madre, tienes que estarte completamente callada cuando el padre venga.

Respondió la madre:

— Está bien.

Entonces dijo Mau Loha:

— Madre, a media noche te traeré al padre.

En seguida se dirigió otra vez hacia la huerta. Fué al momento junto a su padre y le dijo:

— Padre, he buscado una mujer para ti y ya la he encontrado. Hoy por la noche te llevaré junto a ella.

Cuando llegó la noche, Mau Loha le dijo a su padre:

— Vámonos, padre.

Entonces se pusieron en marcha. Cerca de la aldea, Mau Loha, le dijo a su padre:

— Padre, primero quiero entrar yo en la casa. Saldré en seguida a buscarte.

Mau Loha fué solo hacia la casa. Cuando entró, lo llamó su madre; pero Mau Loha le dijo:

— Silencio, madre. Apaga la luz y acuéstate tranquila. En seguida vendré con el padre.

Al momento Mau Loha se volvió junto a su padre y le dijo:

— Ven ahora, padre. Ya está tu mujer en la casa. Pero no hagas ruido alguno al entrar.

El padre de Mau Loha entró dentro de la casa. Como iba a tientas, tropezando, asustóse la madre y exclamó:

— ¿Quién anda ahí?

En seguida respondió el padre:

— Yo.

Entonces se reconocieron uno a otro por la voz, y la madre dijo:

— Pero ¿eres tú, eres tú, el padre de Mau Loha?

El padre replicó:

— Pero ¿eres tú, eres tú, la madre de Mau Loha?

El padre ordenó:

— Enciende luz.

Cuando la madre hubo encendido la luz, vieron ambos que tenían los cabellos cortados. Entonces dijo el padre:

— ¡Oh! Mau Loha se ha mofado de ambos.

Y se contaron uno a otro los acontecimientos.

El padre refirió primero:

— Mau Loha me dijo en la huerta que te habías muerto, y añadió que le habías dado el encargo de que me cortara yo los cabellos.

Entonces vino el turno de la madre.

— También a mí me contó Mau Loha que tú te habías muerto, y dijo que debía cortarme la cabellera. Por lo tanto, ha injuriado y engañado duramente a su padre y a su madre.

Y el padre lo maldijo diciendo:

— ¡Oh, ese mal hijo! No quiero volver a ver su semblante.

Y como el padre lo había maldecido, no volvió a entrar en la casa. Huyó de allí y nadie volvió a verlo.

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
I. — La creación de la tierra	11
II. — De cómo las gentes de Engano llegaron a tener médicos.	18
III. — La esposa infiel.	21
IV. — La historia del mono	27
V. — Simpang Impang.	33
VI. — La historia del rey ciego que habitaba en la tierra de poniente	39
VII. — La historia del sultán Indyilai.	58
VIII. — La leyenda de Kalang.	97
IX. — El príncipe y la princesa.	120
X. — El almizclero y el gigante Gergasi.	131
XI. — Rakian	141
XII. — El elefante apuesta con el tigre.	150
XIII. — La pobre vieja y el pez seco.	158
XIV. — La historia de Mau Loha	167

B.P. de Soria



61168742
DR 2193



AUMENTO TRANSITORIO
Precio: 5 pesetas.
20 %

Musàs

Leinas

IX

CUENTOS MALAYOS

33 Note.

DR

2193